

DEFENSA
DEL HONOR
DEL
EJERCITO

1185

B.U
3,844

H.A
11876



APUNTES
EN
DEFENSA DEL HONOR

DEL
• EJÉRCITO •

POR **A + B**

DEDICADOS AL GENERAL WEYLER

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FE
Calle del Olmo, núm. 4

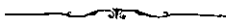
1898

APUNTES EN DEFENSA DEL HONOR DEL EJÉRCITO

APUNTES
EN
DEFENSA DEL HONOR
DEL
• EJÉRCITO •

POR A + B

DEDICADOS AL GENERAL WEYLER



MADRID
EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FE
Calle del Olmo, núm. 4

1898

Es propiedad.—Derechos reservados.

Al Excmo. Sr. Teniente General

D. VALERIANO WEYLER Y NICOLAU

MARQUÉS DE TENERIFE

Mi respetable General: al ir recopilando los presentes apuntes en defensa del honor del Ejército, ultrajado injustamente, por el resultado obtenido en la presente campaña hispano-americana, llamó mi atención el que los principales argumentos, que me han servido para desarrollar el tema que sustento, adquirirían mayor relieve cuando aparecían relacionados con hechos en que V. E. ha tomado parte directa, ora al frente del ejército de la isla de Cuba, ya en la Península en donde ha sido perseguido y encausado por haber tomado á su cargo la defensa de la dignidad ultrajada de los jefes,

oficiales y soldados que habían servido á sus órdenes.

Esta sola circunstancia justificaria la presente dedicatoria, mas como de deducción en deducción, estos apuntes me han conducido á sentar algunas bases, que pudieran tenerse en cuenta en su día, al tratarse de la regeneración de nuestro país y la reorganización de su Ejército, en cuya obra seguramente tomará V. E. parte integrante, dada su ilustración y talentos militares, de aquí que haya creído, haciendo justicia á cuanto por su Patria ha hecho V. E. y que tan injustamente se le está recompensando en los tiempos que atravesamos, dedicarle estos apuntes, para que vea por lo menos que aún quedan en España personas para las que no pasan desapercibidos los actos patrióticos que realizan los que, como V. E., han llegado tan merecidamente á la elevada posición que ocupa.

La buena intención que me guía al publicar estos apuntes, así como el deseo de que no carezcan de oportunidad, disculparán las incorrecciones que seguramente se han de observar en su redacción y la ligereza con que son tratados algunos puntos, y como las alabanzas ó censuras que consigno, están

fundadas en hechos bien conocidos, me permito ocultar mi nombre, para que no se agradezcan las primeras, ni se me guarde rencor por las segundas, despidiéndome de V. E. con la más elevada consideración y ofreciéndome como su afectísimo seguro servidor

Q. S. M. B.,

A + B

I

Ataques al Ejército.

IDEA GENERAL SUSTENTADA EN ESTOS APUNTES

El funesto desenlace que hemos presenciado de la guerra sostenida por España con los Estados Unidos, empieza á ser comentado entre las masas populares, con frases y conceptos nada halagüeños para la reputación y buen nombre del organismo Ejército, atribuyéndole responsabilidades que en nada le incumben, haciéndose consideraciones, en su mayoría inexactas, para deducir consecuencias injustas, presentando lamentables ejemplos de casos aislados como de carácter general, y desvirtuando

causas bien conocidas, que han producido los efectos que ya empiezan á sentirse, vaticinados públicamente por algunos personajes políticos, para atribuir casi en absoluto los desastres sufridos, á las faltas de aptitud, de capacidad y aun de valor personal de la mayoría de los individuos que forman parte integrante de aquel organismo.

Estos improcedentes comentarios, si llegasen á encarnar, difundiéndose en las imaginaciones de nuestras clases populares, pueden producir perturbaciones sensibles, para la reorganización precisa y urgente que requiere nuestro sistema administrativo, político y social, si es que España ha de continuar figurando entre las naciones de la culta Europa, por lo que se impone la necesidad de desvirtuar con altivez, aportando datos exactos, las falsas imputaciones que se hacen y que por fortuna sólo se comentan y discuten en conversaciones particulares, y de desenmascarar, si así fuere

preciso hacerlo, á los autores é inventores de semejantes patrañas, que sin duda aspiran por tales medios á eludir la responsabilidad que les alcanza y poder continuar en el disfrute de los goces inherentes al desempeño de los primeros puestos políticos y hacer responsables, de sus torpezas é incalificable conducta, que han colocado á la Nación en el estado en que se encuentra á los únicos que han salido incólumes en las tristes y dolorosas circunstancias porque estamos atravesando, y á los que se quiere deshonar, suponiéndoles causantes de lo que sólo es imputable á los que tal sistema vienen empleando.

Para lograr estos fines, conviene presentar su argumentación:

La Nación Española ha consumido la mayoría de sus presupuestos anuales en atenciones para el Ejército. Ha enviado á la isla de Cuba cuantos recursos en hombres, material ó dinero se han solicitado, y un ejército de doscientos mil hombres no ha podido,

en tres años de guerra, dominar una insurrección, ocurriendo lo propio en Filipinas, cuya pacificación fué aparente y por medio de un pacto; y al estallar una guerra internacional, el ejército apenas combate, no se obtiene sino desastres; es vencido un ejército regular por fuerzas irregulares, mandadas por comerciantes ó agentes cuyas profesiones son ajenas al servicio de las armas; nuestro soldado es bueno, pero sus jefes y oficiales no sirven, ni quieren batirse; datos que han obligado á concertar una paz nada halagüeña para España, pero imprescindible si es que no quería perderse además de las Colonias la verdadera patria, ó sea el territorio de la Península Ibérica y sus islas adyacentes, según hipótesis muy generalizada. De las fuerzas armadas es pues la responsabilidad. Hay que pensar en el porvenir, reorganizando tan malos elementos.

Seguramente que ni uno sólo de los lectores de estos apuntes habrán dejado de oír análogas expresiones formuladas en for-

ma más ó menos correcta, según la oratoria usual del comentarista, y semejantes injusticias son las que me propongo combatir, sintiendo no tener suficiente autoridad personal, ni un nombre bien conocido y respetado por los que lean estos apuntes, para que se concediera á mis argumentos la atención y el crédito que se presta, por el solo hecho de emitirlos, á los que sustentan personajes de primera fila en la política, y de esta suerte lograr pronto la rehabilitación absoluta del organismo militar ultrajado.

Mas tengo la evidencia que este trabajo no ha de ser el último en que se trate cuestión tan interesante, pues es más que probable, que despertando de su actual letargo varios de los que han intervenido en sucesos de actualidad, y no pocos de los que por su posición están llamados á formar parte de la obra regeneradora que ha de sufrir nuestra nación, les sirva mi osadía de estímulo para lograr cumplidamente el fin

que hoy me propongo obtener, que no es otro que *dar al César lo que es del César*, y que el Ejército no aparezca responsable de sucesos debidos á otras causas y de los cuales él fué el que en primer término sufrió las consecuencias.

II

Presupuesto de la paz.

SUS CONSECUENCIAS

Preocupación constante de todos los gobiernos, desde que terminaron la última guerra carlista y la llamada chiquita en la isla de Cuba, fué introducir las mayores economías en los gastos públicos para atender, según frase vulgar, á la nivelación de los presupuestos, hasta poner en vigor los que denominaron de la paz, en los que aproximadamente figuraba el año de 1895 en la isla de Cuba para ejército permanente 13.800 hombres; 3.100 en Puerto Rico; 13.300 para las islas Filipinas, de los que

solamente 1.700 eran peninsulares; y en total, para la Península é islas adyacentes, aparecía un contingente de 82.000 hombres.

Asignábanse en dichos presupuestos cifras variables, que iban disminuyendo de un año en otro, para compras de material de guerra y obras de fortificación, cuya inversión, la mayoría de las veces, no se aplicaba al fin para que se destinaban, ora por la carencia de ingresos, ya por transferencias que se hacían para atender necesidades de carácter más preferente, algunas de orden civil, ya porque, según el criterio de los Gobernadores generales ó Comandantes en Jefe de Región, se iban introduciendo variaciones en los proyectos aprobados para obras ó compras de material, y se suspendía la inversión de las sumas consignadas, ínterin se tramitaba el consiguiente expediente, á cuya resolución definitiva no se llegaba, sino después de transcurrir meses y aun años; siendo indudable que, si

se hiciera una verdadera y exacta liquidación de lo invertido en obras y en compras de material, se vería comprobado que, por dichas causas ú otras análogas, apenas se habría invertido en aquellos fines una décima parte de lo que ha venido figurando en los presupuestos generales del Estado ó en los particulares y parciales de cada colonia, no debiéndose dejar de consignar que bastante material del adquirido con destino á las colonias, quedaba muchas veces en la Península, poco menos que abandonado y en espera de consignación para gastos de transporte, ó de que se girasen las sumas necesarias que reintegrasen los gastos hechos por el presupuesto peninsular por cuenta de los coloniales.

Los gastos que figuraban para cubrir atenciones del personal eran los que se satisfacían con escrupulosidad, y los únicos que se aplicaban anualmente al fin para que habían sido consignados, y si su cifra aparece algo exagerada, con relación al con-

tingente activo á que fué reduciéndose el ejército, hay que tener en cuenta el exceso de personal que resultó á la terminación de las guerras carlista y cubana, al licenciarse las tropas combatientes, personal que en gran parte debía haberse ido amortizando paulatinamente, y de cuya medida se hizo cuestión política repetidas veces, mas á pesar de eso, y aunque no se debía variar la aplicación de aquellas cantidades, por la anormal situación que se habría creado á los que debieran recibirlas y por las reclamaciones justas que habrían entablado y conmovido la opinión, sin embargo, en muchas ocasiones, se emplearon algunas de esas sumas para cubrir atenciones de otra índole, desatendiendo los servicios de aquel ejército, según más adelante se habrá de exponer.

Escasa importancia daban á esta clase de asuntos los gobiernos. Cuantos menos gastos se hicieran les parecía mejor. Todo proyecto presentado que introdujera algu-

na economía, en general era aprobado sin dilación, y en cambio quedaban sin resolver, durmiendo el sueño de los justos, los que envolvían cualquier aumento.

De uno á otro presupuesto se pasaban las diversas partidas, y así se llegaba al fin que se deseaba, aparentando unos gastos que realmente no se verificaban ni invertían en los fines á que se consignaron, pero que servían para ostentar, sin tenerlo, gran celo en favor de la misión del ejército y lograr, dando á esos fondos otra aplicación, satisfacer las aspiraciones que exponían algunos representantes del país, cuya misión se reducía á complacer exigencias locales, en su mayoría innecesarias.

Los diversos Ministros de la Guerra, que en el transcurso de los tiempos se fueron sucediendo, olvidando su cargo, y por tanto los deberes militares que tenían que cumplir, convertíanse en hombres políticos y plegándose á las intrigas é intereses generales de sus partidos, accedían á la con-

tinuación, no interrumpida, de estos desbarajustes sin imponer, porque no lo tendrían ó no querrían imponerlo, un plan fijo, inalterable, excepto en pequeños detalles, que impidieran esos abusos, y toleraban la inversión de fondos en otras atenciones que no eran las taxativamente marcadas en los presupuestos, y que por lo común eran ajenas á su departamento, tolerancia que les impedía exigir á los Gobernadores generales de Ultramar la oportuna y estrecha cuenta de la aplicación que daban á las sumas á que me refiero, muchas veces para complacer las exigencias del Ministro de Ultramar, y así dejaron transcurrir uno y otro año sin hacer nada provechoso en asunto de tan vital interés.

No puede habernos sorprendido, al estallar la guerra hispano-americana, haber visto como resultado de presupuestos tan deficientes y mermados con frecuencia, que en la Península estábamos tan escasos de material de guerra y con tan reducido nú-

mero de fortificaciones en su extenso litoral, que sólo hubieran presentado seria resistencia, en caso de un ataque, las plazas de Cádiz y Cartagena; Mahón en las islas Baleares; Santa Cruz de Tenerife en las Canarias y Ceuta en la costa de África.

Una cosa análoga ocurría, y pudimos observar en nuestras colonias, puesto que al iniciarse en febrero de 1895 la insurrección de Baire, sólo en la Habana era donde había algunas fortificaciones importantes, aunque antiguas, estando sin montar la mayor parte del material, y lo propio acontecía en la isla de Puerto Rico y en las Filipinas, toda vez que en la primera no existía más plaza fuerte que la de San Juan (su capital) y en las segundas las de Manila y Subic, no mereciendo hablar siquiera del estado de defensa de las tres colonias, pues en general sólo había algún castillo viejo ruinoso, y piezas de bronce cargadas por la boca que sólo podían servir y servían para las salvas que hacían las ridícu-

las plazas de guerra en donde estaban emplazadas.

Cosas muy parecidas ocurrían en el personal de tropa. El afán de economías, además de reducir el contingente que pasaba por las filas activas del ejército, y el escaso tiempo que permanecían en esta situación, con detrimento de la instrucción militar y de la creación de buenas reservas, obligaba muchas veces para mejorar la situación del elemento militar á que se rebajasen de servicio, en casi todos los cuerpos, á un gran número de individuos, con cuyos haberes se formaban fondos que se invertían, con aprobación implícita de la superioridad, en la construcción de pabellones, reformas de cuarteles, edificios militares, etcétera, etc., cuyas obras jamás se hubieran hecho al haberlas sometido á la tramitación del largo proceso porque pasaba todo expediente.

De estas determinaciones, que producían beneficios inmediatos sin gravamen para

el Estado y que además eran aplaudidas por todos los gobiernos, se abusó en tal forma, confiados en la tranquilidad de que se disfrutaba, que en la isla de Cuba sorprendió la insurrección al reducido ejército allí existente, teniendo desatendidas en absoluto las guarniciones de la mayoría de los puntos estratégicos, por estar rebajado de servicio en su casi totalidad y ocupado en faenas agrícolas ó de molienda al servicio de los propietarios de los principales ingenios. Además, todo el ejército se hallaba provisto de armamento Remington, en mediano estado de conservación, pues aunque estaba acordado desde larga fecha su sustitución por el modelo Mausser, no se había adquirido en suficiente número por la falta de fondos, y por lo tanto hubo precisión de hacer este cambio en plena campaña, enseñando su manejo á tropas que, además de desconocer su arma de combate, carecían de la instrucción necesaria, efecto de las causas indicadas.

Tal era, á grandes rasgos descrito, el estado de los principales elementos de combate conque contábamos en las colonias al estallar las insurrecciones cubana y tagala, y en la Península al sobrevenir el conflicto con los Estados Unidos, sin contar con la cooperación de la marina, de cuyo organismo no he de ocuparme para nada en los presentes apuntes, y sólo diré que el que á la sazón tenía era debido principalmente al presupuesto de la paz.

Mas para que se puedan ir viendo los fundamentos de las deducciones que he de exponer, conviene tratar y examinar aisladamente y con la debida separación, las gestiones de los diversos Gobernadores generales de la isla de Cuba, desde el momento en que estalló la insurrección en Baire (25 Febrero 1895), y efectuar análogo estudio, aunque más ligeramente, con los de Filipinas, á partir de la rebelión tagala ocurrida en Agosto de 1896, para ocuparnos posteriormente de la guerra con los Estados Unidos.

III

El general Calleja en Cuba.

SU POLÍTICA.—IMPREVISIONES

El 25 de Febrero de 1895, fecha memorable por ser la del día en que ocurrió el levantamiento de la primer partida insurrecta en Baire, departamento oriental de la isla de Cuba, estaba como Gobernador general de esta isla el Teniente General Don Emilio Calleja, amigo íntimo del Ministro de Ultramar D. Antonio Maura, al que debía su nombramiento.

Dedicado en absoluto el general Calleja en hacer política personal del entonces Ministro de Ultramar, se dejó sorprender por

una insurrección que todo el mundo anunciaba ó preveía, desde el momento en que la primera autoridad de la isla fomentó la división del partido español, halagando al partido reformista allí creado, respondiendo al fusionista peninsular, y en el que ingresaron, así como en el autonomista, también favorecido por el Gobernador general, en contra del partido español, la mayoría de las personas que después hemos visto figurar como principales cabecillas de la insurrección.

De tal suerte fué sorprendido, que no obstante las detenciones que en los primeros momentos llevaron á cabo las autoridades subalternas de personajes que frecuentaban la residencia del Gobernador general, éste calificó de visionarios á los que los habían acordado ó llevado á efecto y ordenó se pusiera en libertad á los detenidos, resultando de esa medida que, al día siguiente ó al poco tiempo, se les viera marcharse al campo y ponerse al frente de

partidas que fueron aumentando rápida y considerablemente.

Este crecimiento de la insurrección tampoco sorprendió á los leales habitantes de la isla de Cuba, por ser resultado de una organización preparada desde larga fecha y cuyas ramificaciones y extensión eran conocidas por la mayoría de aquellos, puesto que habían podido apreciar los trabajos que en tal sentido se venían haciendo, y sobre los cuales repetidas veces se había llamado la atención del general Calleja, especialmente acerca de las reuniones secretas y aun públicas, efectuadas en las principales ciudades de la isla, á las que concurrían personas, en su mayoría poco afectas á la causa de España, citando entre otras las verificadas en Jaruco y Sancti-Spíritus, en donde, con motivo de celebrar el regreso de un caracterizado hombre público y la visita del Gobernador general, se presentaron á caballo y con armas blancas núcleos de 500 y 600 jinetes, cuya presencia

dió lugar á ligeras alteraciones de orden público por las demostraciones de disgusto de que dió señales el elemento español.

Mas el general Calleja juzgaba á aquellas exhibiciones como pruebas de afecto personal, á quien como él interpretaba tan fielmente la obra de las reformas del Sr. Maura, cuya bondad predicaba con entusiasmo, sin comprender que fueron la tea de la discordia en el elemento español y la máscara de que se valieron los filibusteros para organizarse y preparar impunemente una insurrección que debió sofocarse en los primeros momentos, si hubiera habido gobiernos peninsulares más previsores y gobernadores generales ajenos á la política ó menos sumisos á prestarse como comparsas en las intrigas personales que realizaron los Ministros de Ultramar.

Cuando el general Calleja salió de su error era ya tarde. Intentó reunir los elementos dispersos de que disponía y pudo convencerse que en territorio tan extenso,

como lo es el de la isla de Cuba, en que las vías de comunicación estaban tan desatendidas como á la terminación de la última guerra, donde nadie se había preocupado de guarnecer con tropas los puntos estratégicos, y hallándose el ejército, en su mayoría, rebajado de servicio y dedicado á faenas agrícolas, como hemos dicho anteriormente, su tarea era ímproba, por no decir imposible, de ser realizada en pocos días, como hubiera sido preciso realizarla para obtener resultados satisfactorios.

La importancia de la insurrección obligó á pedir con urgencia á la Península hombres, material y recursos, es decir, cuanto debía haber existido en la isla de Cuba, si hubieran estado al frente de los destinos del país hombres más previsores que los que ocupaban el Poder; y, como la opinión pública se fué alarmando cada vez más al conocer varios detalles que demostraban la desacertada gestión de este general, fué preciso dar la debida satisfacción, y se.

acordó que, al frente de los principales refuerzos, fuera el general á quien se consideraba con mayores prestigios, D. Arsenio Martínez Campos, el cual, como conocedor del país, conservando numerosas relaciones de amistad con sus habitantes y autor del famoso pacto del Zanjón, daría pronta cuenta de una insurrección calificada de despreciable y casi inspirada, según amigos officiosos del Sr. Maura, por muchos envidiosos de los éxitos que iban produciendo sus reformas.

Se relevó pues al general Calleja, sin que el ejército hubiera combatido, por no merecer este calificativo los tiroteos y encuentros sin importancia que ocurrieron, ejército que no hizo más que cumplir dócilmente cuanto se le había ordenado por la superioridad, acatando fielmente las indicaciones que ésta le hacía, hasta sobre hechos que resultaban de carácter de un españolismo dudoso, como fueron los gritos subversivos pronunciados por la muchedumbre en

presencia del general Calleja, el que no obstante ser representante de España, no veía ofensas á su Nación, si á la vez se ensalzaba la figura de su ilustre amigo el Ministro de Ultramar D. Antonio Maura.

La pérdida de tiempo que se observa en esta época para aniquilar á la insurrección, vemos no puede imputarse en modo alguno al ejército, que es lo que nos proponíamos demostrar.

Sin embargo, no pudiendo prescindirse del carácter militar que tenía el Gobernador general de la isla, debió ser juzgado militarmente por sus imprevisiones y no haber podido disponer del ejército con acierto, como era su principal misión, y de esta suerte, el elemento armado habría quedado satisfecho pues, su inculpabilidad en cuanto había pasado resultaría notoria, y el general Calleja sería solo el que apareciese como delincuente, á menos de que probara su ciega obediencia al Gobierno de la Nación.

IV

El general Martínez Campos en Cuba.

POLÍTICO Y NO GENERAL.—CRECIMIENTO DE LA INSURRECCIÓN.—DESBARAJUSTE COMPLETO EN TODOS LOS ÓRDENES.—CONFESIÓN DE ERRORES.

Investido de amplias facultades y acompañado de refuerzos que ascendieron por el pronto á 15.500 hombres armados con Maussers, cuya instrucción se les fué dando en los barcos que los conducían, llegó á la isla de Cuba el general Martínez Campos el día 16 de Abril de 1896.

Mas antes de examinar su gestión, conviene hacer una ligera digresión en justifi-

cación lógica de la marcha en que fueron desarrollándose los sucesos en esta época.

El general Martínez Campos, desde la terminación de la anterior insurrección cubana, había sido un decidido protector de cuantos cabecillas aceptaron el pacto del Zanjón, consiguiendo de los diversos gobiernos, y hasta de empresas particulares, que se les otorgaran destinos civiles, gratificaciones ó pensiones, como ocurrió con los Freire, García, Sanguily y otros varios que se podrían citar.

Hombre de nobles sentimientos, rindiendo siempre gran culto á la gratitud, juzgó á todos aquellos desleales hijos de España, cual si fueran su propia personalidad, y al embarcarse para la isla de Cuba, lo hizo con el convencimiento de que su presencia en aquel país, sus ruegos y ofrecimientos, bastaría para que volvieran á la legalidad los que por más de una vez habían hecho armas contra la madre patria.

Por otra parte, el deseo natural, que

siempre se tiene, de querer sobresalir en la esfera donde más se carece de condiciones, ha sido causa de que el general Martínez Campos haya intentado repetidas veces, aparecer como un político de primera talla.

No le bastó el verse combatido el año de 1878 en el Parlamento por un compañero, que á la sazón era diputado, con motivo de la discusión provocada al tratarse de la capitulación del Camagüey, acusándole de haber sido más político que general; tampoco le arredró su total fracaso como Presidente del Consejo de Ministros, á cuyo puesto lo elevaron varios hombres públicos, celosos de su preponderancia, consiguiendo eclipsar sus prestigios de pacificador allende y aquende de los mares; ni le impresionó lo debatida que en todos los tiempos ha sido su personalidad, al inmiscuirse constantemente en la dirección de los asuntos públicos, ó aparentar efectuarlo, mereciendo por sus actos el calificativo de *institutriz del Poder Supremo*.

Su afición á la política, ó sus deseos de rehabilitarse como político consumado, le hicieron, desde los primeros momentos, olvidarse de su verdadera posición de General en Jefe, dedicándose á buscar soluciones pacíficas en vez de procurar escarmentar, con enérgicos correctivos, á los afiliados en una insurrección que estaba en sus comienzos.

Nada que respondiera á una organización seria, realizó en los primeros meses.

Viajes constantes, á diversos puntos de la isla, para conferenciar con las familias de los insurrectos ó personas que tuvieran relaciones con ellos. Promesas de reformas políticas, puestos administrativos y ofrecimientos de facilitar sumas, más ó menos considerables, á los que se acogieran á la legalidad, es decir, la aplicación del mismo procedimiento que dió buen resultado para terminar la anterior guerra, después de diez años de campaña, cuando el cansancio y el desaliento se había apoderado del ánimo de la mayoría de los insurrectos.

Como, por otra parte, las fuerzas del ejército en lugar de ser empleadas en absoluto en la persecución de los núcleos rebeldes fueron diseminadas, sin orden ni concierto, en cuantos destacamentos solicitaron los propietarios para la defensa de sus fincas rústicas y hasta la corta existencia de fusiles y municiones que había en los parques se repartió para que se armaran y defendiesen los trabajadores de muchos ingenios, individuos que posteriormente ingresaron en las partidas insurrectas, éstas pudieron vivir tranquilamente, recogiendo en el país cuantos elementos necesitaron y eludieron fácilmente su encuentro con las columnas de escasa fuerza, que paulatinamente se fueron organizando, á las que se asignó una zona de vigilancia, cuya extensión no estaba en armonía con el número de hombres de que constaban, lo que dió origen muchas veces á que tuvieran que convertirse en héroes estos combatientes al ser atacados por fuerzas enemigas en

número mucho más considerable, que aguardaban además en las posiciones que previamente habían elegido.

Gran número de meses fué preciso que trascurriesen para que el general Martínez Campos, llegara á percatarse de que su sistema no daba resultado positivo, al observar que parte del dinero que él debía haber empleado en provecho del ejército leal y que había entregado para comprar á algunos cabecillas, había servido para fomentar la insurrección, sin que hubiera dejado de engañarle un solo jefe insurrecto ó las personas de que se servía como intermediarios; cuando vió que sus promesas y ofrecimientos no servían, sino para que se perdiera un tiempo precioso que aprovechaba la insurrección en su favor con gran actividad, y entonces quiso empezar á hacer la guerra, para lo cual formó columnas heterogéneas, reuniendo destacamentos de distintos cuerpos, mas dejándolas independientes entre sí; intentó organizar fuerzas

montadas, cuando ya el enemigo había recogido el mayor número de caballos existentes en el país, y se empezó aquella persecución de tan tristes recuerdos en que las columnas llamadas de pista, compuestas de infantería en su casi totalidad, perseguían inútilmente á las partidas montadas en magníficos caballos.

En todos los correos y en expediciones extraordinarias, se enviaron de la Península refuerzos, llegando á más de 104.000 hombres el número de soldados que tuvo á su disposición sin contar con unos 70.000 voluntarios existentes en la isla, de los que sólo 20.000 podían prestar servicio de campaña, pero como eran repartidos por lo general, según queda dicho, sin orden ni concierto y destinados á la defensa de intereses particulares, resultó que cuando las partidas insurrectas bien organizadas empezaron su invasión, recorriendo, sin grandes dificultades, todo el territorio comprendido entre la punta de Maisic al cabo de San

Antonio, entrando en los principales poblados, celebrando sesiones de Ayuntamiento, implantando su régimen administrativo y dejando hechos los nombramientos del personal correspondiente, no pudo ó no supo poner dique á semejante invasión, sin ocurrírsele siquiera situar el mayor número posible de columnas á vanguardia de la dirección que seguían los núcleos enemigos, bien claramente marcada de Oriente á Occidente, las que hubieran impedido ó retrasado aquel avance. Todo su plan consistió en enviar á retaguardia de las posiciones en que se supo ocupaba el enemigo, fuerzas que fueron empujando á los invasores más allá de su objetivo, asegurando el propio Antonio Maceo, en documentos que deben obrar en la Capitanía General de Cuba, que jamás pensó llegar, tan rápidamente como lo hizo, al extremo occidental, sorprendiéndole la facilidad con que pudo penetrar en la mayoría de los poblados por haber quedado confiada su defensa á escaso

número de voluntarios, cuyas armas le fueron sirviendo para ir entregándoselas á muchos de sus partidarios que acompañándole en su triunfal peregrinación habían ido completamente indefensos; sorpresa que hacia extensiva igualmente al poco trabajo que le costó el ir inutilizando sucesivamente todas las vías férreas y telegráficas, á medida que no las necesitaba, ó cuando le convino por este medio hacer más lenta su persecución.

Al mismo tiempo, en el interior de los poblados, y con los vecinos de los campos, se venía observando, según órdenes superiores, una política de benignidad excesiva, llamada de atracción, aún tratándose de personas afectas á la causa insurrecta, que contrastaba con la enérgica de ejemplares castigos, puesta en práctica por todos los cabecillas con los que no les eran adeptos, ó se sospechaba siquiera tuviesen la menor relación con las tropas, por lo que resultó necesariamente que unos por simpatías y

otros por miedo, ayudaron á la insurrección, pudiendo decirse que todo el país estuvo de su parte, encontrándose las columnas del ejército en un estado de aislamiento de tal naturaleza, que les era muy difícil obtener noticias de la situación del enemigo, así como el procurarse guías y demás elementos que son indispensables en toda guerra.

En la misma Habana se llegaron á sentir temores por la seguridad de la población. Las avanzadas de las partidas hicieron demostraciones de su presencia en los barrios extremos, teniendo que improvisarse defensas por el lado de tierra, para precaver un ataque, dictándose por el Gobernador militar de la plaza, general Arderíus, un bando, indicando los puestos á donde debían acudir las fuerzas en caso de alarma, cuya señal se daría disparando, determinado número de cañonazos, desde el Castillo del Morro.

A todo esto, el general Martínez Campos fué quedándose aislado en absoluto de

las columnas, y, efecto de sus imprevisiones, las escasas noticias que recibía de la situación de los núcleos importantes enemigos, eran tan contradictorias que le producían de un día para otro mayor confusión, hasta el punto de que llegó á suscribir y enviar un telegrama oficial al Gobierno, cuyo contenido era poco más ó menos, pero en esencia el siguiente: *Por todas partes me anuncian la presencia de Antonio Maceo y de Máximo Gómez; yo no sé donde están.*

En análoga confusión se hallaban los jefes de columnas, con la particularidad de que como la mayoría habían venido de Oriente, detrás de las partidas, ignoraban en el nuevo territorio donde se hallaban, los puntos de racionamiento, situación de hospitales, enfermerías, etc., etc. El desorden más absoluto reinaba en todos los órdenes, lo cual nada de particular tiene, puesto que nadie se había ocupado de asuntos tan trascendentales.

En presencia de estos datos, se compren-

den las causas por las que la guerra, que estaba reducida á una pequeña parte del departamento oriental, cuando llegó el general Martínez Campos, y con escasa fuerza, se fué extendiendo por toda la isla, aumentando progresivamente el número de insurrectos, hasta calcular el propio general Martínez Campos que pasaban de 40.000 armados, no debiendo dejar en silencio, pues corrobora las afirmaciones que estamos haciendo, que su Estado Mayor General, encargado de auxiliarle en sus trabajos, estaba reducido á un escaso personal facultativo, al que estaban agregados muchos parientes del general en jefe é hijos de amigos cariñosos, ocupándose todos, según las instrucciones recibidas, de hacer política, ninguno de hacer la guerra. De aquí las consecuencias que se fueron experimentando.

Sin embargo de tantas contrariedades para el ejército, las fuerzas combatientes que le componían, no pudieron realizar más

de lo que ejecutaron, en tan deplorable período, puesto que cuantas veces el enemigo consideró prudente entablar combate, toda vez que él fué siempre en esa época el que tomaba la iniciativa para la lucha, jamás la rehusaron nuestras tropas, sin atender al número ni á las posiciones, recordando con este motivo las acciones del Cristo, Sao del Indio, Peralejo, Iguará, Maltiempo, Coliséo, Ceiba del Agua y otras en justificación de nuestro aserto, demostrando un valor extraordinario, no obstante haberse reunido en las columnas los elementos menos apropiados para que resaltase el espíritu de cuerpo y la acción del mando, tan convenientes en la guerra, pues secciones, compañías y hombres sueltos de diversos batallones y procedencias, eran los que formaban parte de aquellas columnas, con la notable particularidad de que en muchas se observaban distintas clases de armamentos, dificultando en extremo el suministro de municiones.

Nuestra imparcialidad nos obliga á consignar que en alguna de estas acciones estuvo presente, y en los sitios de mayor peligro, el general Martínez Campos, pero el fin que se propuso obtener al entablar estos combates, no fué, en la mayoría de las veces, consecuencia de un plan de guerra, sino combinaciones para atraerse á cabecillas, que engañándole le obligaron á tenerse que defender heroicamente para no caer prisionero.

De cuanto en la isla de Cuba ocurría, tenía exacto conocimiento el Gobierno peninsular y ora porque el general Martínez Campos interpretase fielmente las instrucciones recibidas, ó porque no conviniese á fines políticos acordar su relevo, se le mantuvo en su cargo, á pesar de que un Ministro de la Corona (El Sr. Romero Robledo) provocó una crisis, saliendo del Gobierno, por no estar conforme con la conducta política que observaba en la isla aquel general.

Fué necesario que, posteriormente, el partido español de la isla de Cuba, faltando á su tradicional costumbre de hallarse incondicionalmente al lado de la primera autoridad, le diera á entender que, de proseguir por el camino emprendido, le retiraría su confianza, y que se expresara en análogo sentido el autonomista que continuaba pospuesto al grupo reformista, que disintió de los otros dos partidos citados y emitió su opinión en el sentido de seguir apoyando al Gobernador general, sin duda, para acreditarse de elemento de orden, fué necesario repetimos que esto ocurriera para que convencido el general Martínez Campos de tanto error como había cometido, enviara un telegrama de condicional dimisión, que le fué aceptada.

En el acto se despidió de aquel valiente ejército que había tenido á sus órdenes, y demostrado su resignación, no obstante lo desatendido que estuvo en su asistencia, en su alimentación y en los medios de pro-

porcionarle la victoria de sus armas sin convertir á cada paso á sus individuos en verdaderos héroes. En su alocución decía el general Martínez Campos *«que el Ejército no tenía la menor culpa en cuanto ocurría, sino que el único responsable era él.»*

¿Qué hizo el Gobierno ante tan explícita declaración?

Dejar que la comentara la opinión pública, rindiendo así homenaje á tan plausible franqueza.

¿Pero era esto bastante? ¿Quedaba bien parado el honor de las armas, no juzgando severamente y con arreglo á las leyes militares al que, teniendo un numeroso ejército á sus órdenes, no había sabido emplearlo acertadamente?

El fallo de un tribunal competente hubiera sido la mejor rehabilitación, pero como sería posible que al iniciarse una investigación minuciosa, hubieran resultado responsabilidades, que podrían alcanzar á los individuos que formaban parte de aquel

Gobierno, se quiso evitar tal eventualidad y se juzgó prudente, echar un velo sobre una gestión, en que aparece que sólo á la casualidad se debió, casi siempre, el que se llevara al ejército á combatir y que lo hubo de verificar en condiciones desfavorables.

Imitemos aquella conducta, para no hacer muy difusos estos apuntes, pero repitiendo, que el Ejército en este período cumplió, rayando en la abnegación, con sus deberes.

V

El general Marín en Cuba.

ARDORES BELICOSOS. — PRECIPITACIONES.

Desde el 20 de Enero de 1896 en que se embarcó el general Martínez Campos con rumbo á la Península, hasta el 10 de Febrero en que desembarcó en la Habana el general Weyler, estuvo encargado del mando superior de la isla el general don Sabas Marín.

Poco pudo hacer este general en tan corta interinidad y hasta hubiera parecido lógico y natural, que se hubiera limitado á reunir cuantos datos y antecedentes juzgase oportuno debiera conocer en los primeros

momentos de su llegada, el general á quien el Gobierno había designado para General en Jefe, presentándoselos para su estudio.

Mas seguramente queriendo demostrar su aptitud y capacidad guerrera, llamando la atención de la opinión pública con combates de alguna importancia, en los que pusiera de relieve sus dotes militares, olvidados por el Gobierno, al no haberle nombrado en propiedad Gobernador general de la isla, reunió precipitadamente varias columnas, en cuya composición entraron elementos heterogéneos, y poniéndose al frente de una de ellas marchó en busca de los núcleos que capitaneaban Máximo Gómez y Antonio Maceo, dando por resultado principal los combates de la Luz, término de Alquízar, el levantamiento del sitio de Candelaria y la acción de Pozo Hondo, operaciones en las que si bien el general Marín no las presenció personalmente, por la poca resistencia que presentó el enemigo al ver

el número de fuerzas con quien tenía que combatir, limitándose á sostener el primer empuje de las vanguardias, demostraron nuestras tropas, como siempre, un excesivo celo en el cumplimiento de su deber, y gran valor las que sostuvieron fuego con el enemigo.

Al ponerse en práctica un plan tan ligeramente ideado y para cuyo desarrollo no se podía disponer sino de escaso número de días, pues se conocía la fecha en que había embarcado el general Weyler, ocurrió, lo que no podía menos de suceder, ó sea, que no se obtuvieron resultados prácticos y positivos, antes al contrario, las precipitaciones contribuyeron á proporcionar recursos al enemigo, pues al enviarse por vía férrea un convoy de víveres y municiones, protegido por una reducida escolta, fué descarrilado por el enemigo en Pozo Redondo, quemando y saqueando varios furgones, viéndose los individuos de la escolta precisados á defenderse como leones ínterin

llegaron fuerzas de socorro, que, dispersando á los agresores, evitaron la total destrucción del convoy.

Vemos, pues, que el Ejército sigue conservando á gran altura su honor militar, aunque, en mi entender, para que hubiese adquirido mayor esplendor debió juzgarse militarmente al general Marín por sus precipitaciones, un tanto disculpables, si sólo hubieran obedecido á un excesivo celo.

VI

El general Weyler en Cuba

IMPUESTO POR LA OPINIÓN.—SUS VATICINIOS.—PREPARATIVOS.—PLAN DE CAMPAÑA.—PREVISIONES JUSTIFICADAS.—INDICIOS DE LA CRÍTICA Á SU GESTIÓN.—DESARROLLO DEL PLAN Y ÉXITOS PROGRESIVOS.—REFORMAS INTENTIVAS.—FALSAS IMPUTACIONES.—SU RELEVIO.—CONSECUENCIAS.

En los últimos meses de mando del general Martínez Campos, la opinión pública en España, alarmada por los resultados producidos por el sistema de benignidad y complacencias que se había seguido, reclamó un cambio radical de política y empezó á lanzarse á la publicidad el nombre del

general D. Valeriano Weyler, Marqués de Tenerife, como representante de un sistema de rigor y energía, necesario é indispensable en toda guerra.

La prensa de circulación lo proclamó su candidato, y el Gobierno se vió obligado á conferirle el mando superior de la isla, no obstante comprender lo difícil que había de serle, por no decir imposible lograr que el general Weyler se llegase á plegar á las exigencias que imponen los hombres y asuntos públicos, toda vez que alejado de las luchas políticas, juzgado por todos como hombre verdaderamente militar, amante de sus prestigios ganados en los campos de batalla en cuantas guerras habían existido en su tiempo, no iba á consentir se anulara su figura por conservar un puesto al que le llevaban las circunstancias, en modo alguno sus amistades con los hombres que ejercían el poder.

Su primer acto fué manifestar al Gobierno, cuando éste le hubo enterado del es-

tado en que iba á encontrar la isla, *que se daría por satisfecho con lograr la pacificación en dos años*, manifestación que repitió públicamente al embarcarse en el puerto de Cádiz, la que quizás no hubiese emitido, por parecerle escaso el tiempo vaticinado, si hubiese tenido conocimiento del contenido que se consignaba en el cablegrama que el general Marín le trasmitió á Puerto Rico y que recibió á su arribada á aquel punto, pues en esencia venía á decirse *«que la insurrección campeaba por sus respetos en toda la isla; que la soberanía de España no imperaba sino momentáneamente en los lugares que ocupaban las tropas; que más de 40.000 insurrectos estaban armados, simpatizando con ellos la mayoría de los habitantes; que á las puertas de la Habana estaban las avanzadas del enemigo, habiendo destruido en su totalidad las vías telegráficas y férreas sin haber posibilidad de comunicarse con las columnas de operaciones; que el número de enfermerías, hospitales y factorías*

era escaso y mal distribuidas, y en resumen que nada se había previsto para la guerra y estaba todo por hacer.»

No obstante este preliminar aviso, al desembarcar en la Habana el general Weyler, el 10 de Febrero de 1896, debió quedar sorprendido tristemente, pues las referencias que se le habían hecho, siendo exactas, estaban atenuadas, efecto de la concisión telegráfica.

El espíritu público se hallaba en un estado de abatimiento verdaderamente aterrador. La población de la Habana presentaba los caracteres de un campamento en que se esperase, de un momento á otro, el ataque del enemigo. Los tranvías que circulaban por el interior de la ciudad, y que recorrían los barrios extremos, llevaban escoltas. Encontró emplazados en el recinto de tierra, los cañones que debían servir para la defensa del puerto. Los soldados y voluntarios, que aisladamente recorrían las calles, iban armados. Temores,

sobresaltos y alarmas, eran las notas características predominantes en la ciudad.

Quiso enterarse de la situación y número de las fuerzas con que podía contar, y no fué posible formar estados completos de fuerza y situación de combatientes, ni de los elementos de guerra. Era preciso, por referencias de jefes y oficiales, ir averiguando detalles tan necesarios, sacando el convencimiento de que la mayoría de los batallones estaban diseminados en diversos destacamentos, desde la provincia de Santiago de Cuba hasta la de Pinar del Río, con fracciones de 15 y 20 hombres en varias columnas, es decir, que se estaba en peores condiciones teniendo un ejército de unos 104.000 hombres y 70.000 voluntarios, de éstos 20.000 efectivos, que si solamente hubiera habido la tercera parte bien organizados y en disposición de poderse emplear desde luego, pues como digo, se ignoraba su situación, y aun confirmada, era problema bien difícil efectuar

la necesaria concentración, por la falta de medios de comunicación y á través de un país completamente insurreccionado.

Su labor tuvo que ser ímproba, resaltando en ella la constancia de su voluntad y su resistencia física, sin cuyas cualidades hubiera decaído el ánimo más esforzado.

Auxiliado por varios de los generales, que le habían acompañado en su viaje, y muy especialmente por el Teniente general D. Federico Ochando, creó un verdadero Estado Mayor General, de cuya jefatura se hizo cargo dicho general, y á fuerza de desvelos, inquiriendo, rebuscando, reuniendo y ordenando antecedentes, se pudo llegar á conocer la situación de las tropas y voluntarios y el material disponible, datos que le sirvieron de base para hacer los pedidos de hombres y elementos que juzgó necesarios.

Dividió la Isla en tres cuerpos de ejército, Cuba, Villas y Pinar del Río, dando instrucciones generales á los respectivos

Comandantes en Jefe, para que procedieran, ínterin se desarrollaba el plan de campaña, cuyos detalles irían conociendo, á la agrupación de los individuos de las respectivas unidades, á fin de que los batallones estuvieran á las inmediatas órdenes y bajo la vigilancia de sus respectivos jefes, teniendo con este motivo que hacerse un trasiego de guarniciones en poblados y destacamentos aislados.

Para auxiliar estos trabajos y que á la vez se hiciera sentir en cada departamento la soberanía de España, atacando á los núcleos enemigos, ordenó se constituyeran varias columnas homogéneas, con fuerza suficiente para resistir un ataque de la principal partida enemiga que hubiese en la jurisdicción, columnas que siempre debían operar en combinación, y atender con preferencia al restablecimiento de las vías férreas, telegráficas y ópticas, para poderse comunicar entre sí los diversos departamentos, facilitarse toda

clase de recursos y noticias, etc., etc.

Además indicó la conveniencia de que se estudiaran los puntos estratégicos más principales que conviniese ocupar, para dificultar ó evitar las correrías que hiciesen las partidas, sobre todo el día que empezara la batida general, que habría de darse al iniciarse las operaciones en gran escala, siguiéndose el plan fijo que se había trazado, y que solamente el Gobierno debía conocer.

Ínterin llegaban y se reunían los refuerzos necesarios, haciéndose la debida distribución, concibió la idea que le sugirió el conocimiento de la situación de fuerzas numerosas al mando de Antonio Maceo, en la provincia de Pinar del Río, de aislar á este cabecilla y su partida de los otros núcleos importantes, cuyo proyecto encajaba perfectamente en su plan general de llevar la pacificación de Occidente á Oriente, y á este fin se trazó y realizó la construcción de la línea defensiva de Mariel á Majana,

empresa colosal con que se corroboró la energía y constancia del carácter del general Weyler, pues en menos de ocho meses llegó á formarse una barrera infranqueable en una extensión de 34 kilómetros de desarrollo, que retuvo en la provincia de Pinar del Río á las fuerzas capitaneadas por Maceo.

Al mismo tiempo que se ejecutaban estos trabajos, fué levantando el espíritu del país con enérgicos bandos y medidas de gobierno, citando entre otros el que disponía la concentración en los poblados de los campesinos de la provincia de Pinar del Río, á fin de que al avanzar las tropas no encontrasen en el campo gentes que, llamándose pacíficas, sirviesen de espías al enemigo, cuyo exacto cumplimiento lo fueron imponiendo diversas columnas que, haciendo constantes salidas de los pueblos, fueron introduciendo en ellos el ganado disperso, que estaba en los campos, á la vez que aprovechaban ó destruían los re-

curios de todas clases que encontraban, y de los que el enemigo había estado disponiendo. En el interior de las poblaciones se emprendieron prudentes campañas de persecución contra los laborantes, auxiliares ó partidarios de la causa separatista, ejerciéndose extrema vigilancia para impedir la salida de efectos ó envío de noticias al campo insurrecto.

Como el territorio en donde iba á efectuarse primeramente la campaña en gran escala, iba á ser la provincia de Pinar del Río, se crearon en él factorías y hospitales en las bases de operaciones, reducidas principalmente en la costa Norte desde Mariel á La Palma y en la parte central siguiendo la vía férrea del Oeste entre Artemisa y la capital de la provincia. De esta suerte hubo estos establecimientos militares en Mariel, Cabañas, Bramales y Bahía Honda, á cuyos puntos se atendía desde la Habana por línea regular de vapores, y en Artemisa, Candelaria, San Cristóbal y Pi-

nar del Río suministrados por el ferrocarril citado, precaviéndose la probable contingencia de aglomeración de enfermos, con el aumento de capacidad en los hospitales de Santiago de las Vegas y Habana, á los que se irían enviando los pacientes procedentes de todas las enfermerías de aquella provincia, haciendo uso de las líneas ó vías y medios de comunicación que quedan expresados, y el ramal de carretera que desde Pinar del Río conduce al puerto de la Coloma, en el que un vapor periódico los transportaría hasta el de Batabanó y de aquí por vía férrea á los mencionados hospitales centrales.

En resumen, fué preparando la provincia de Pinar del Río para que en ella pudiera emprenderse una campaña activa.

Ínterin llegaba este momento, fué situando los refuerzos que se le enviaban en puntos del interior de la isla, cuyas condiciones higiénicas fuesen las más á propósito para la aclimatación, empleándoles tan

sólo en el servicio de guarnición ó de vigilancia de vías de comunicación, mas siempre con orden inalterable para la más rápida concentración y vigilancia continua de sus jefes y oficiales naturales, los que tuvieron á la vez que irles enseñando la instrucción militar de que carecían y el manejo del fusil Mausser á los que después tomaron parte más activa en las operaciones. Análogamente fué agrupando las diversas unidades montadas que existían dispersas en diferentes puntos, formando regimientos de caballería, completados por aquellos refuerzos, cuya misión fué, como se vió posteriormente, perseguir activamente á las partidas y obligarlas á internarse en las lomías, dejando por lo tanto tranquilas las zonas de cultivo que en gran número existían en las llanuras de la isla, organización que dió excelente resultado y por lo que, además de dar gran impulso al aumento de columnas de caballería en los terrenos apropiados para el empleo de esta arma de

combate, procuró, por cuantos medios estuvieron á su alcance, fomentar la creación de nuevas unidades montadas que fueron acompañando á las columnas de infantería, auxiliándolas en los trabajos de exploración y persecución de los rebeldes. Y ya que de estos refuerzos me estoy ocupando, debo consignar que el aumento principal que sufrió el ejército en la época del general Weyler, fué de unos 50.000 hombres, pues aunque en todos los correos se recibieron individuos sueltos, hasta unos 41.000 más, procedentes en su mayoría de la recluta voluntaria, eran inútiles en gran parte por su edad avanzada y conducta tan deplorable, que ingresaban inmediatamente en los hospitales y prisiones, sirviendo sólo un escaso número para cubrir las bajas de los fallecidos y de los que regresaban á la Península en igual forma, por enfermedades ó accidentes de la campaña y de los que estaban en observación en los hospitales. Aproximadamente llegaría á tenerse en la

isla 181.000 hombres de ejército y 70.000 voluntarios, pero deduciendo las bajas de hospital, endenques, convalecientes y demás conceptos, apenas si se podría disponer para prestar servicio de 110.000 hombres de tropas regulares y 20.000 voluntarios útiles, ó sea aproximadamente la misma fuerza de que pudo haber dispuesto el general Martínez Campos, cuando la insurrección era escasa y estaba reducida á una pequeña parte de la provincia de Santiago de Cuba.

En este primer período, que podríamos llamar propiamente de preparación, las columnas que se iban formando en los diversos departamentos, con unidades homogéneas, practicaron operaciones combinadas, que dieron por resultados, á la par que combates de alguna importancia, en que quedó duramente castigado el enemigo, irle alejando de los poblados y de las vías de comunicación, lográndose así que las fuerzas que mandaba directamente el cabe-

cilla Antonio Maceo, que era el de mayor prestigio, se internasen en las lomas existentes en la provincia de Pinar del Río, entre la costa Norte y la línea férrea central, llamada del Oeste.

Era preciso aún evitar que salieran de esta zona aquellas fuerzas para aniquilarlas en absoluto, anulando así á tan preponderante director de la insurrección, y como aquel territorio nos era en absoluto desconocido, por ser la vez primera que había figurado como centro ó teatro de operaciones, se practicaron progresivos reconocimientos, que fueron dando por resultado la ocupación de puntos estratégicos, muchos de ellos en el interior de las lomas que, en unión de la línea Mariel Majana, cercaron la zona en donde podían moverse. Dichos puntos fueron fortificados, instalándose en ellos depósitos de raciones, suministradas por las factorías próximas, reduciéndose así el terreno en donde debía darse el primer ataque de importancia.

Todos estos trabajos fueron ejecutándose sin apenas percatarse el enemigo del objetivo, que confiaba en las posiciones que tenía y en los recursos de que disponía, efectuándose los envíos de fuerza casi á la sordina, hasta el punto de que cuando inició el avance el general Weyler, al frente de una columna de 11.000 hombres próximamente, por el único punto que había dejado deliberadamente sin ocupar, no habían notado, según confesaron después algunos prisioneros, que con estas fuerzas se completó un cerco de cerca de 50.000 hombres.

Mas antes de ponerse al frente de esta columna, el general Weyler, siempre previsor, no quiso abandonar la capital de la isla sin tener la evidencia de que quedaba al abrigo de un golpe de mano por la parte del mar, sin preocuparle ya el recinto exterior del lado de tierra, por haber alejado las columnas á los insurrectos á bastantes kilómetros, y en cuyo recinto sólo existía, desde hacía algún tiempo, la fuerza sufi-

ciente para evitar un acto de audacia que pudiera hacer algún grupo temerario, de escaso número de individuos, pues al ser de importancia, las columnas tenían que batirlo imprescindiblemente, dada su situación.

La seguridad del recinto exterior del lado de tierra, le permitió ordenar la retirada de las piezas de grueso calibre, que en él estaban emplazadas, para colocarlas, en unión de otras que aún estaban sin montar, en sus verdaderas posiciones de defensa del puerto, disponiendo simultáneamente la ejecución de trabajos de fortificación, cuyos resultados se han notado en la guerra que hemos sostenido con los Estados Unidos.

Sus previsiones las hemos visto justificadas. Temió desde luego un conflicto con aquella nación, al cerciorarse de la protección que prestaba á la insurrección, no impidiendo la salida de sus puertos de gran número de expediciones y hasta facilitándola toda clase de recursos, contrastando

su comportamiento con las instrucciones que el gobierno de la metrópoli enviaba á cada momento, de que se observara una excesiva prudencia contra dichas expediciones, alarmado por cualquier complicación que pudiera presentarse al no hacerse las aprehensiones en las condiciones, casi imposibles de cumplir, que se prevenían en los tratados vigentes.

Asegurado el general Weyler de que todos los preparativos que él había ordenado realizarse habían sido cumplidos, marchó el día 9 de Noviembre á Mariel para dirigir personalmente sobre el terreno las operaciones, que no inició sino después de disponer la colocación, con carácter inalterable, de dos columnas á retaguardia de la línea de Mariel Majana, al Norte y Sur de la vía férrea del Oeste, cuya misión principal era perseguir y combatir á cualquier grupo que franqueara aquel obstáculo, é impedir al propio tiempo la aproximación de partidas, de la provincia de la Habana,

que pudieran auxiliar á las fuerzas de Maceo, si éstas atacaban á un punto de la línea por vanguardia mientras aquéllas lo ejecutaban por retaguardia. Semejante medida estaba justificada además porque cuando Maceo se viera acorralado, su salvación estribaba en atravesar la línea Mariel Majana, á viva fuerza ó á la sordina y en ambos casos aquellas columnas debían hacer fracasar este proyecto, como se demostró al ser muerto el famoso cabecilla por la que vigilaba la parte Norte.

Mas antes de proseguir la narración de los sucesos, conviene llamar la atención sobre unos incidentes que surgieron, los que sin embargo de parecer insignificantes, han sido citados por algunas personas como el origen de la conducta que la prensa de gran circulación observó con este general y que era completamente diversa de la que hasta entonces había seguido.

Con la llegada á la isla del general Weyler, casi coincidió la de corresponsales de

los principales diarios de la Península, reuniéndose en la Habana un personal periodístico tan ilustrado, como celoso por los intereses que representaba y como en los primeros meses sólo se hacían preparativos, sin que se pudiera traslucir el plan de campaña, no hubo el menor inconveniente de que se diera á la publicidad, quizás más de una vez con excesivos detalles, cuanto se estaba realizando y la previa censura se ejerció con extraordinaria benignidad.

Casi era hasta conveniente, para que no se demostrasen impaciencias, que el país conociera exactamente el estado en que se hallaba la isla, y el abrumador trabajo que estaba realizando el General en Jefe.

Pero desde el momento en que se iban á ejecutar operaciones de guerra, la más ligera indiscreción, cometida en beneficio de una empresa periodística, podía ocasionar un fracaso de graves consecuencias. Previsto el caso de que me estoy ocupando en el *Reglamento para el servicio de cam-*

paña, aprobado por ley de 5 de Enero de 1882, en el apartado 15.º del capítulo 1.º, título 1.º, que dice textualmente: *«se procurará evitar en lo posible, la presencia en el cuartel general de altos funcionarios y autoridades civiles, oficiales extranjeros, voluntarios ó aventureros y corresponsales de periódicos, y en todo caso tendrán que someterse á la revisión de su correspondencia ú otras precauciones y reglas de conducta que el General en Jefe tenga por conveniente dictar»*, conferenció el general Weyler, momentos antes de su salida de la Habana, con uno de los corresponsales, manifestándole, que desde el momento en que se pudiese al frente de las tropas, no le podían acompañar, pero que en el barco de guerra que iba á conducirle hasta Mariel estaba autorizado para embarcarse, así como los demás corresponsales, á los que, por su conducto, hacía iguales advertencias é invitación.

La premura del tiempo, una mala inteli-

gencia, ó los deseos de adquirir primacía al comunicar detalles de este viaje, hicieron que sólo el conferenciante acompañase al general en su excursión marítima, por lo cual los demás corresponsales sufrieron molestias, que tal vez influyesen en parte para la campaña de acerbos censuras que emprendieron posteriormente, los diarios que aquéllos representaban.

En igual sentido puede interpretarse, el caso ocurrido con otro corresponsal atrevido ó excesivamente celoso, que fué hallado, montado á caballo, entre los acemileros del cuartel general, en el momento de avanzar la columna á las órdenes del General en Jefe, siendo reprendido y obligándosele á regresar á poblado, y los celos que se despertaron entre unos y otros corresponsales, por haber logrado algunos, esto es, todos los que previamente habían pedido permiso para ello, visitar en un campamento al general Weyler, y no haberlo hecho los que no habían solicitado la autorización.

Todos estos disgustos, producidos por las causas indicadas y ajenas á la voluntad del general Weyler, debieron contribuir á que los corresponsales que se consideraron preteridos, acentuasen las notas de acerba crítica al menor incidente que perjudicara á la acertada gestión que estaba llevando á cabo este general, crítica que, á su vez, alentaron las empresas periodísticas, ora por tratar de conseguir la supresión de una censura enérgica que les perjudicaba en sus intereses y á la que no habían estado acostumbrados, ó bien por conveniencias políticas de partido, según parece desprenderse de los hechos ocurridos posteriormente á la época de que me estoy ocupando.

Prosiguiendo la narración de las operaciones, interrumpida por la anterior digresión, consignaré que, principalmente desde el 9 de Noviembre de 1896, avanzaron y se internaron en las lomas varias columnas combinadas, partiendo de Cayajabos, So-

roa, Bahía honda, Cabañas y de la línea Mariel-Majana, la que personalmente mandaba el general Weyler, á fin de ir reduciendo el espacio en que se movían las fuerzas de Maceo, dando lugar á combates de importancia, sobre todo el del Rubí, en el que se convenció aquel cabecilla que su situación iba siendo cada día más desesperada. Y como, por otra parte, á medida que cada columna avanzaba, obedeciendo al plan general, se le restaban recursos al enemigo y se estrechaba el cerco, la salida á viva fuerza le hubiera costado gran número de bajas, así como franquear la citada línea de Mariel-Majana, por lo que decidió Maceo, acompañado de un corto número de individuos de toda confianza, huir de aquel recinto, y silenciosamente, aprovechando la obscuridad de una noche, pasando mil fatigas, logró burlar la vigilancia y atravesó aquella línea. Su plan era ponerse al frente de las partidas de la provincia de la Habana, á las que previamente les había orde-

nado concentrarse, dar signos de su presencia en cualquier punto, y hacer creer que había salvado á viva fuerza aquella barrera, desprestigiando de esta suerte el plan del general Weyler. Mas no contaba con las previsiones adoptadas por este general, pues en cuanto se presentó un núcleo enemigo de alguna importancia en dicha provincia, las columnas que estaban á retaguardia de la línea, tuvieron que batirle, cabiendo la suerte á la que mandaba el entonces comandante Cirujeda de sostener fuego con el grupo á cuyo frente se había puesto Antonio Maceo, y que una bala acabara con la existencia de la primer figura de la insurrección.

No fué, pues, la casualidad el factor principal que contribuyó á la muerte de Maceo. Primero el encierro que se hizo á sus fuerzas, después el avance que le obligó á huir, y por último la invariable colocación de las dos columnas de vigilancia. No obstante este éxito, las columnas siguieron su avance

en las lomas y paulatinamente se fué acabando con la mayoría de los orientales que habían acompañado á Maceo en su invasión, y á los que dejó abandonados, creyendo salvarse, hasta quedar tan insignificante número en la provincia de Pinar del Río, que más bien pudieron considerarse como grupos de bandoleros que no fuerzas defensoras de un ideal político. En menos de dos meses, gracias al plan realizado, resultó dicha provincia casi en absoluto pacificada.

Desde este momento la preocupación del General en Jefe fué, dirigir las operaciones contra el otro núcleo numeroso que mandaba el titulado Generalísimo Máximo Gómez, y á este fin conviene recordar que, calculando, dada la especial clase de guerra que hacía este enemigo, cuya táctica principalmente era dispersarse con frecuencia para reunirse en lugares previamente convenidos, que la reducción del terreno de sus operaciones dificultaría el éxito de sus

empresas, y teniendo en cuenta además, que las provincias situadas á occidente de la antigua trocha de Júcaro á Morón, eran donde radicaba la principal riqueza de la isla, que estaba en explotación, había ordenado, desde los primeros días de su mando, la reconstrucción de aquella abandonada trocha, extendiéndola desde la isla de Turiguanó hasta Júcaro, y en forma de que fuese una línea continua infranqueable para un enemigo que no dispusiera de artillería de grueso calibre, con el objeto de que, una vez terminada, y pacificada la isla á occidente de ella, quedase la insurrección reducida al departamento oriental.

Mas para avanzar desde la provincia de Pinar del Río por las de Habana, Matanzas y Santa Clara, en las que la población estaba muy diseminada en los campos, auxiliando en extremo á la insurrección, era preciso, si había de lograrse el éxito que se deseaba, no dejar enemigos á retaguardia; por eso se ordenó la concentración á

los poblados de los campesinos, en igual forma que se había hecho anteriormente en Pinar del Río, y se evitaron las consecuencias de una aglomeración de vecindario con acertados bandos, dictando reglas de higiene y disponiéndose la creación de zonas de cultivo en los alrededores de los puntos fortificados, para que no se careciera de subsistencias.

Esta concentración, que ha sido muy combatida, fué medida tan acertada, que sus resultados prácticos se sintieron inmediatamente, con la particularidad de que como las columnas no destruyeron lo que representaba verdadera riqueza, sino las siembras de frutos menores que estaban alejadas de los puntos fortificados, y las viviendas conocidas con el nombre de bohíos, ó sean malas chozas de escaso valor, dando en su lugar á sus propietarios, gratuitamente terrenos en las zonas de cultivo de los poblados, y materiales para construirse nuevas viviendas, lo que se hizo puede de-

cirse fué una traslación de propiedad para que sus habitantes estando á la vista de las autoridades locales, no pudiesen facilitar recursos al enemigo. Con la aplicación de esta medida, se puso de manifiesto además, la gran defraudación que el Estado había sufrido durante muchos años, pues no obstante el número de individuos que se habían marchado á la insurrección, y las bajas que, según noticias propaladas por los filibusteros, experimentaban diariamente los campesinos reconcentrados, causando alarmas á la opinión pública, el censo de población, que se formó á los seis meses de estar en vigor esta disposición, arrojó *un aumento de población en casi todas las ciudades de más de un diez por ciento de la que se consignaba en los padrones municipales.*

Natural era, que lastimados algunos intereses en beneficio del general de la campaña, se levantara algún clamoreo, que acogido en las columnas de la prensa americana y comentado con exageración, em-

pezó á crear atmósfera en contra de un plan tan meditado, á lo que contribuyó, sin duda inconscientemente, la prensa peninsular con artículos sensacionales, en los que, partiendo de hechos en su mayoría inexactos, casi se pedía el que se reflejasen en todas las operaciones y medidas de guerra, los nobles sentimientos y correcto proceder de que siempre habían hecho gala los españoles, de cuyas censuras se aprovecharon después nuestros enemigos para fundar las protestas formuladas por los Estados Unidos.

Por otra parte, con el fin de obtener la mayor suma de fuerzas combatientes, dado el considerable número de fincas de importancia existentes en el campo defendidas por destacamentos de ejército, exigió el general Weyler á los propietarios que costearan las guarniciones, movilizandolos voluntarios, ó creando guerrillas, relevándose de esta suerte aquellos destacamentos, con cuya determinación, gravados los intereses

de una gran colectividad, se sembró no pequeño disgusto que, trasmitido por cartas á la Península, también contribuyó á las alarmas de la opinión.

Hubo noticias, además, de que la mayoría de los ingenios proporcionaban recursos al enemigo, á cambio de que éste no impidiera las faenas de la zafra, y hasta que sobre esta base, se estaba iniciando un empréstito en los Estados Unidos, por lo que, y á fin de quitar semejantes elementos á la insurrección, dictó el General en Jefe un bando *prohibiendo la zafra*, causando tal efecto el anuncio de esta prohibición, que, según documentos cogidos al enemigo, aquel empréstito fracasó en absoluto. Sin embargo, el clamoreo aumentó en beneficio del interés particular, no obstante, de que jamás entró en los ánimos del general Weyler, llevar con rigor esta providencia, justificándolo el que á medida que las tropas avanzaron, limpiando el país de partidas, se molió en todos los ingenios

que quisieron efectuarlo, haciéndose la zafra, cual si se hubiera estado en tiempos normales.

Apremiado el general Weyler por telegramas del Gobierno en que reflejaba aquellas alarmas de la opinión pública, lamentándose al propio tiempo de la aparente lentitud con que se llevaba la campaña, inició el avance de sus columnas, trayendo fuerzas de Pinar del Río, por las provincias de Habana, Matanzas y Santa Clara, verificando este movimiento mucho más pronto de lo que tenía calculado y lo habría hecho, á no haber mediado aquellas imperiosas indicaciones, siendo esto causa de la reunión y presentación en diversos puntos de algunos pequeños grupos que habían quedado en estas provincias y á los que hubo que combatir posteriormente, sembrando desconfianzas en la opinión acerca de la veracidad de los partes oficiales, que daban cuenta del buen éxito de las operaciones, al no explicarse las causas de la

nueva aparición de estas insignificantes partidas. Sin embargo de lo expuesto, la precipitación con que se llevó el avance, obedeció principalmente á otra causa muy digna de tenerse en cuenta.

Habíase anunciado una nueva invasión de las fuerzas de Máximo Gómez por el territorio de las Villas hacia Occidente, para exigir el pago de contribuciones, amenazando destruir las propiedades, como ya había hecho en la primera invasión, y comprendió el general Weyler que su prestigio quedaría quebrantado si á todo trance no impedía semejante proyecto, por lo que marchando con sus columnas rápidamente, abrazando la mayor extensión, y por los mismos puntos por donde el enemigo había invadido las provincias de Santa Clara, Matanzas y Habana, aunque en dirección inversa, llegó á situarse en la línea Remedios, Placetas, Santi-Spíritus, Tunas de Zaza. Estas operaciones le dieron la certeza de que Máximo Gómez no había iniciado su temido mo-

vimiento, presentándole además, la ocupación de semejantes posiciones, la garantía de que si intentase efectuarlo, el fracaso sería seguro, y todo esto se vió confirmado por los diarios de operaciones, que posteriormente se cogieron al enemigo, en los que el propio Máximo Gómez confiesa su desconcierto ante maniobra tan inesperada.

Conseguido dicho resultado, y como seguir avanzando hacia Oriente era aventurado, y se conceptuara preciso ir limpiando el terreno recorrido de los grupos que hubieran quedado á retaguardia, se distribuyeron fuerzas por las citadas provincias en zonas proporcionadas á su composición numérica, las que fueron consiguiendo el objetivo deseado, contribuyendo, en no pequeña escala al mismo fin la creación de la línea de vigilancia, á lo largo de los ríos Palma, Voladoras y Hanábana que redujo el terreno en donde pudieron moverse aquellos grupos, así como la ya citada de Remedios á Tunas de Zaza. Se ve, pues, que

la pacificación se iba llevando por zonas marcadas y comprendidas entre líneas fortificadas.

Estas operaciones exigieron en su desarrollo gran número de días y de aquí la aparente inmovilidad del General en Jefe en la provincia de Santa Clara, que fué objeto de tan vivos comentarios por parte de la prensa, mas no puede calificársele de inactivo, toda vez que llevada la guerra en gran escala á este territorio y creados diversos organismos, estuvo recorriendo constantemente, las factorías, enfermerías, hospitales, moralizando su administración y régimen, en forma tal, que los numerosos y enérgicos correctivos que impuso, son su mayor timbre de gloria, y la prueba más completa de que jamás amparó las irregularidades que se le han imputado, más ó menos veladamente, pero siempre con injusticia notoria.

Los resultados prácticos, que se obtuvieron en menos de seis meses de activas ope-

raciones, consignados fueron en partes oficiales, cuya exactitud confirmaron cuantos regresaron de aquel país, recordando con este motivo que todas las vías férreas y telegráficas existentes en las provincias de Santa Clara, Matanzas, Habana y Pinar del Río, volvieron á funcionar como en tiempos normales; que los ingenios, que quisieron moler, efectuaron la zafra sin interrupción; que en los alrededores de la mayoría de los poblados se trabajaba en el campo con seguridad absoluta, y que las fuerzas del ejército, más ó menos fraccionadas, según la naturaleza del terreno en donde operaban, llegaron á no encontrar más que á alguna pareja enemiga, y eso raras veces, por haberse obligado á los escasos grupos, que necesariamente quedan en todo país al finalizar una insurrección, á refugiarse en los puntos más escondidos y abruptos de las lomas y sierras existentes en aquellas provincias, de cuyos individuos iban dando cuenta el hambre y las enfermedades, así

como las armas españolas á las que se debió la muerte de cabecillas tan importantes como Zayas, Mirabal, Serafín Sánchez y otros varios.

Al observar el Gobierno de Madrid estos progresos que iban obteniendo nuestras fuerzas, mas siempre haciendo indicaciones de la lentitud con que se obtenían, por no percatarse de la especialidad de esta guerra y del tiempo invertido en los preparativos que hubo que ejecutar, quiso contribuir á la más pronta terminación de la campaña y empezó á tantear la opinión con el estudio de la acción combinada de las armas y las reformas políticas.

Semejante determinación necesariamente tuvo que disgustar al elemento armado, que estaba haciendo toda clase de sacrificios para devolver á España la integridad de aquel territorio con su completa soberanía, pues con ella le restaba parte de su gloria, más fué bien recibida y hasta aplaudida por la prensa americana, lo cual era lógico su-

cediese, puesto que interpretado el fundamento de su adopción como signo de debilidad é impotencia de las tropas españolas para terminar con aquella insurrección, ésta, cuyas postrimerías empezaban á anunciarse, podría tomar alientos, resintiéndose de esta suerte los prestigios del General en Jefe, cuyo relevo era el fin que se perseguía en los Estados Unidos, al ver cada día más fracasados los ideales que ambicionaban, por el acierto de su gestión.

Nuestro Gobierno siempre complaciente con un país que, llamándose amigo, hacía creer que su conducta estaba sólo inspirada en sentimientos humanitarios, creyó acertado la implantación de unas reformas casi más radicales que las proyectadas en tiempo del Sr. Maura, cuyas funestas consecuencias hemos expuesto, y se las remitió al General en Jefe, para que fuera implantándolas en las provincias que su estado de pacificación lo permitiera.

El general Weyler, no obstante su pro-

fundo convencimiento de la inutilidad é improcedencia de estas medidas políticas, no tuvo inconveniente en aceptarlas, pues con sobrada razón decía que *él llevaba las reformas en las bocas de los cañones*, toda vez que, después de haber recorrido un territorio las columnas á sus órdenes y logrado su pacificación, no había temor en plantear en él, toda clase de reformas, por no abrigarse duda de que no existía el menor indicio de debilidad. Sin embargo, varias veces se habló de la presentación de su dimisión, con motivo de incidentes que surgieron al demostrar el Gobierno impacencias por el planteamiento rápido de sus reformas, teniendo el propio Presidente del Consejo que hacer un llamamiento al engendrado patriotismo del general Weyler, para que desistiese de sus deseos, presentándole como ejemplo su conducta, llena de sacrificios y penalidades, en beneficio de los altos intereses que le estaban encomendados.

Estas reformas, como acertadamente vaticinó públicamente al conocerlas el señor Romero Robledo, no restaron un solo hombre á la insurrección, sembraron gran descontento en las fuerzas leales combatientes y en el elemento genuinamente español de la isla de Cuba, siendo otra de las principales causas que contribuyeron á la precipitación con que hemos perdido nuestros derechos en aquel país. En efecto, el partido fusionista, alejado de las esferas del poder desde algún tiempo, receloso de que si el éxito coronaba la empresa que se proponía llevar á cabo el partido conservador con aquellas reformas, podría ser causa de su continuación en la gobernación del Estado, juzgó oportuno precaverse para no quedarse sin bandera en la política colonial, y uno de sus prohombres, con la mejor buena fe y hasta si se quiere con el deseo de hacer un bien á su Patria, logrando á la vez el objetivo indicado, el Sr. D. Segismundo Moret, celebró un *meeting* en

Zaragoza, en donde ofreció la concesión de la autonomía para la isla de Cuba, el día en que fuera poder el partido en que militaba.

Este ofrecimiento fué corroborado, quizás inconscientemente dado su carácter, por su jefe el Sr. Sagasta y aceptado por lo tanto, como programa del partido fusionista, comentándose muy favorablemente en la prensa de los Estados Unidos por interés propio, así como en la peninsular de gran circulación, dadas las notorias simpatías que sentía por aquel partido.

La continuación del plan de guerra ideado por el general Weyler, con sus éxitos cada día más notables, constituía la permanencia en el poder del partido conservador y para derribar á éste, precisaba destituir al primero, siendo este otro de los motivos que dieron lugar á la lamentable campaña emprendida contra dicho general, con tenacidad extraordinaria, por la prensa de circulación, que olvidándose de la sensatez que siempre ha presidido á todos sus escritos,

sin duda al desconocer los verdaderos resultados que se obtenían, por las referencias que le harían algo atenuadas sus correspondientes, fué extraviando á la opinión diariamente, con comentarios desfavorables á la gestión que se estaba practicando, aprovechándose del más ligero desgraciado accidente que ocurría, irremediable en toda guerra, lo que contribuyó en gran parte á que el entusiasmo que todo el mundo sentía de la terminación de la campaña por la fuerza de las armas fuera sustituido por una desanimación y desconfianza general, que obligó á personas sensatas á patrocinar la idea de perder nuestra soberanía en la Isla, con tal de que se acabase la guerra, pues tal pérdida era inherente á la implantación del régimen autonómico.

Mucho ayudó también á este estado de decaimiento en los espíritus la especialidad de la clase de guerra, que no se prestaba á combates de fuerzas numerosas, ni á éxitos ruidosos que sostienen en constante ten-

sión á la opinión pública, pero los resultados eran tan positivos que los Estados Unidos cooperaban activamente en la campaña difamadora contra el general Weyler, por ver en él un obstáculo, que estaba haciendo imposible la realización de sus planes, puesto que iba acabando con la insurrección. No debo pasar en silencio la observación, de que ni uno solo de los accidentes desgraciados de alguna importancia, ocurrieron en las provincias donde la guerra había sido llevada en gran escala. Aquellos sucedieron á Oriente de la trocha de Turiguanó á Júcaro, en donde como queda dicho, los efectos de nuestras armas no habían podido sentirse activamente y en la mayoría de los casos por no haberse interpretado con exactitud las órdenes emanadas de la primera autoridad, obligándola á tomar determinaciones no muy benignas con algunos caracterizados jefes, que á su regreso á la Península, fomentaban la atmósfera que contra el general Weyler existía, sin duda para

de esta suerte disculpar sus propias faltas.

Una cosa análoga ocurre con las principales imputaciones que se le hicieron y limitándome á hacerme cargo de la referente á la excesiva mortalidad é ingresos en enfermerías de nuestras tropas, que se atribuía á falta de celo y vigilancia del General en Jefe en asunto tan interesante, queda destruída al saber que la estadística acusaba un 4 por 100 por acción de guerra y 96 por 100 de enfermedades, y esta misma proporción se ha observado posteriormente durante la gestión del general Blanco y más aún en las operaciones efectuadas por el ejército americano en los alrededores de Santiago de Cuba, pues tropas no aclimatadas, en solo quince días de operaciones han experimentado tal número de bajas por enfermedades del clima, que la estadística hubiera acusado proporción más aterradora, de haber sido su permanencia en la isla tan larga, como la que llevaban las tropas españolas.

La pronta y gran reacción que la opinión ha experimentado recientemente en favor del general cuya gestión estoy relatando y hasta el cambio que en la mayoría de los diarios que tanto le combatieron se ha operado, ora haciendo justicia aunque tardía, á los actos por él realizados, ya guardando profundo silencio sobre aquella campaña, por no confesar sus propios errores, confirman la injusticia y ligereza con que se procedió en aquella ocasión.

Extraviada, pues, la opinión en la forma dicha, se empezó á difundir la especie, de que si las reformas políticas del partido conservador, que se estaban implantando, no daban los resultados calculados, no era porque careciesen de bondad y dejar de ser aceptadas por los rebeldes, sino porque el general Weyler no las prestaba toda la atención que requerían, á la vez que, dado su carácter severo, no ofrecía las suficientes garantías de seguridad personal á aquellos que deseaban volver á la legalidad, errores

también crasísimos, pues en todo el tiempo de su mando se cumplió con exactitud cuanto ofreció en sus bandos, acatando siempre las órdenes del Gobierno, aun á costa de grandes sacrificios en su amor propio, por el interés de su patria.

Esta imputación fué acogida también por el partido fusionista, que inscribió en su programa un nuevo lema, *el relevo del General Weyler*, que si bien fué cumplido con exactitud, tan pronto como le concedieron el poder, las consecuencias de su acuerdo deben hoy abrumarle en extremo, por el estado á que nos ha conducido la guerra hispano-americana, cuya responsabilidad recae en primer término sobre dicho partido.

Entre tanto se efectuaban estos trabajos de zapa en la Península, que seguramente debieron ir amargando hondamente el ánimo del general Weyler al observar la injusticia con que se respondía á los sacrificios que él estaba haciendo, continuó aparentemente impasible en su labor, inspirando en-

tusiasmo á las tropas que seguían realizando los detalles del plan proyectado. Así es que cuando se aseguró que á Occidente de la línea Remedio-Tunas de Zaza, los grupos insurrectos estaban muy diseminados y era escaso su número, avanzó con las columnas contra Máximo Gómez y en varios encuentros parciales, logró con tal rapidez la dispersión total de las partidas capitaneadas por aquel cabecilla, que éste que se titulaba *General en Jefe del ejército libertador* quedó reducido al triste papel de capitán de grupo, cuya fuerza se calculaba de unos 25 hombres. Nuestras columnas empezaron entonces á diseminarse y de un momento á otro se esperaba que á Máximo Gómez le hubiera cabido la misma suerte que á su compañero Antonio Maceo.

De tal forma llegó á cundir el desaliento entre los insurrectos, al ver los progresos que las tropas españolas llevaban á cabo, que según se asegura por diferentes versiones, llegaron hasta el General en Jefe pro-

posiciones para la presentación de muchos cabecillas, pero exigiendo cantidades variables según las graduaciones y ofrecimientos de puestos administrativos para las personas que estaban dirigiendo ó auxiliando á la insurrección, proposiciones á las que ni siquiera hizo caso el general Weyler, por ser un militar que ha creído siempre que toda paz que se consigue con concesiones que impliquen debilidad, no puede ser duradera y que no obstante las brillantes alabanzas que en honor del que ejecuta un acto semejante suelen hacerse por los hombres públicos más importantes, su reputación militar se quebranta, teniendo muy presente con este motivo las famosas sesiones de Cortes del mes de Mayo de 1878, cuando se discutieron los sucesos que dieron origen á la terminación de la anterior insurrección cubana. Tuvo en su favor también, para rechazar estas proposiciones, el que existía un bando vigente, por el que se indultaba á todo cabecillá que se presentase, pero

sin otorgársele ventajas de ninguna clase.

El brillante resultado obtenido con relativa rapidez, contra los dos núcleos principales de la insurrección á las órdenes de Maceo y Gómez, en territorios que les prestaban toda clase de recursos, le hizo esperar al general Weyler, que teniendo que combatir posteriormente á cabecillas de menor importancia, cuya totalidad de fuerzas escasamente llegaría á la tercera parte de las que ya habían quedado casi en absoluto aniquiladas y en zona de menor riqueza, la terminación de la guerra podría llevarse á cabo para la primavera próxima, sin necesidad de más hombres y elementos que los que ya contaba, á cuyo fin se empezó á ocupar de los preparativos que habían de realizarse en el departamento oriental, teatro á donde habrían de desarrollarse los sucesos.

Recorrió pues, las principales ciudades de la provincia de Santiago de Cuba, levantando el espíritu de los más reacios,

ofreciendo empezar en ella muy en breve las operaciones activas esperando tan sólo, el que cesara la estación de las lluvias que se estaba atravesando y regresó á la Habana para ir enviando los elementos necesarios.

Al mismo tiempo quiso cerciorarse por sí mismo de la exactitud de los partes de tranquilidad absoluta que recibía de las provincias, dadas ya por casi pacificadas, y emprendió una excursión por la de la Habana con sólo 120 jinetes, recorriendo los puntos más peligrosos y que antes habían sido muy frecuentados por el enemigo, no teniendo la menor novedad. Proponíase efectuar lo propio por la de Matanzas y cuando iba á internarse en las lomas que separan esta provincia de la de la Habana, tuvo conocimiento del asesinato del Presidente del Gobierno, suceso que le obligó á regresar á la capital en espera de noticias de la Península, consiguientes de tan grave acontecimiento.

Muerto D. Antonio Cánovas del Castillo, jefe del partido conservador, el general Weyler, no debió hacerse ilusiones del porvenir que le reservaba la fortuna. Faltando en el Gobierno la autoridad que imprimían los prestigios, talento y demás condiciones de aquel hombre público, no podrían sus compañeros políticos seguir imponiéndose á las corrientes de una opinión cada día más extraviada en perjuicio suyo, y acabaría por sucumbir.

La marejada arreciaba y no había en el Gobierno fuerza suficiente para contrarrestarla, así es que aunque del nuevo gabinete, del mismo partido conservador, que continuó al frente de los destinos públicos, recibió la más completa confianza, debió ver claramente, el general Weyler, que mal podían prestarle apoyo los que estaban necesitados de protección.

Consecuencia inmediata del estado en que quedó el partido conservador, por la muerte de su jefe, fué un cambio radical de

política en la Península, entrando en el Gobierno, para realizarlo, el partido fusionista que acordó, entre sus primeras medidas, el relevo del general Weyler, conforme había ofrecido.

Este relevo figurará siempre en la historia militar de nuestro país, como ofensa inferida al honor de las armas, pues cuando éstas iban de triunfo en triunfo, cuando se trataba de cosechar el fruto que tantos desvelos y sacrificios había costado, se quita al director de la campaña, al hombre que, odiado á muerte por los enemigos de España, era bendecido por los buenos españoles y aclamado por todos los jefes, oficiales y soldados, á quienes estaba conduciendo á la gran victoria de terminar la insurrección cubana por la fuerza de las armas.

Con recordar la manifestación, tan espontánea como numerosa, que se celebró en la Habana el día que se sospechó su relevo, las adhesiones que de todas las pro-

vincias pacificadas se recibieron y las gestiones hechas ante el Gobierno de Madrid para que se permitiera al general Weyler terminar su obra, se comprenderá perfectamente el entusiasmo y confianza que inspiraba este General en Jefe.

Todo fué inútil. Convenía á un fin político que dejara el mando aquel general, cual si se temiera que su prestigio pudiera anular á otros más ó menos justificados, y fué acordado su relevo, sustituyéndole en el cargo el Capitán general D. Ramón Blanco, al que personalmente le hizo entrega, esperándole como buen militar en su puesto, y el 30 de Octubre de 1897 embarcó para la Península el general D. Valeriano Weyler, último Gobernador general y General en Jefe que verdaderamente ha tenido España en la isla de Cuba, según han comprobado los desgraciados sucesos que han ido ocurriendo y de que nos hemos de ocupar.

Vemos pues, que en esta etapa el Ejér-

cito en la isla de Cuba, obtenía resultados positivos, no aparatosos por la índole de la guerra, sino convenientes al interés que se debatía, con cuyo procedimiento la insurrección hubiera terminado en el tiempo transcurrido, desde el 9 de Noviembre de 1896, en que empezaron en realidad las operaciones, hasta la primavera de 1898 ó sean quince á dieciséis meses, tiempo bien corto teniendo en cuenta el gran número de insurrectos, la naturaleza del país y el estado de ánimo de sus habitantes.

¿Es culpa del Ejército no haber logrado hasta el fin este resultado?

Creemos haber dejado señaladas las causas principales que lo impidieron, así como á sus autores, y si en este país llegara un día en que se exigieran responsabilidades, no pequeñas tendrían que hacerse efectivas á los personajes que se van citando en los presentes apuntes.

VII

El general Blanco en Cuba.

IMPLANTACIÓN DE LA AUTONOMÍA.—FRACASO COMPLETO.—EL GENERAL PANDO AL FRENTE DE LAS TROPAS.—RESIGNACIÓN DEL EJÉRCITO.

Muy concisamente me he de ocupar de la gestión del Capitán general D. Ramón Blanco, al frente de la isla de Cuba, hasta la declaración de la guerra con los Estados Unidos, pues puede decirse que no se hicieron verdaderamente operaciones militares, dado su escaso número y la falta de plan observado; pero en todas ellas demostró el ejército, como siempre lo ha hecho,

el más exacto cumplimiento de sus deberes.

Siguiendo un orden cronológico en la narración de los sucesos, conviene recordar las palabras pronunciadas por el general Weyler al entregar el mando á su sucesor: *No os envidio, dijo, la misión que tenéis que desempeñar al implantar la política anunciada como programa colonial del partido fusionista, y dudo mucho que el éxito corone vuestros esfuerzos; obteniendo como respuesta las de que al no aceptar yo tan ingrata misión, un hombre civil habría venido en mi lugar.*

Por lo anteriormente expuesto, que, si no son frases literalmente pronunciadas, sí lo son en su significación y sentido, se comprenderá perfectamente que el general Blanco, haciendo quizás un esfuerzo exagerado, para olvidar su posición y convicciones, iba ya *sacrificado como militar*, y decidido á interpretar fielmente las instrucciones del Gobierno de Madrid, justifican-

do su conducta ante su antecesor el general Weyler, como medio de sacar el mayor provecho para el honor del ejército, siendo así que éste hubiera alcanzado inconmensurable altura si no se hubiese encontrado en su seno ninguna persona que se prestase á mermar los prestigios que se iban adquiriendo por la fuerza de las armas.

La presencia en la isla de Cuba del general Blanco, representaba pues, la implantación del régimen autonómico con las mayores garantías posibles de sinceridad, régimen anunciado pomposamente, por los heraldos del ministro de Ultramar, con aquella célebre frase, que desgraciadamente ha resultado en sentido contrario, de que *la autonomía era la paz universal*.

Si el acuerdo de este régimen, como hemos dicho en otra parte de estos apuntes, no hubiera nacido para satisfacer intereses particulares de un partido peninsular, y su implantación se debiese á demandas formuladas por los elementos que

militaban en el campo rebelde, ó por los que ejerciendo verdadera influencia sobre ellos habían permanecido en las ciudades, se habrían conseguido algunos resultados prácticos en contra de la insurrección. Mas el escaso número de autonomistas convencidos, no tenían la menor autoridad en las masas insurrectas, ocurriendo lo propio con los llamados reformistas, que se aliaron á los primeros, constituyendo semejante agrupación una pequeña fuerza política, á la que se halagaba con la autonomía, á cambio de aumentar el descontento que reinaba en el único partido numeroso, que debería haber merecido siempre la atención de todos los Gobiernos, ó sea el partido español, á la vez que se despojaba al ejército de la bandera por la que había estado combatiendo hasta entonces, pues en lo sucesivo ya no pelearía en defensa de Cuba española, sino de Cuba autónoma.

Sin embargo, de las razones lógicas adu-

cidas para justificar el total fracaso de este régimen, se intentó hacer ver lo contrario, ó sean los éxitos que producían el nuevo sistema político, y á pesar de los trabajos titánicos realizados en las filas insurrectas, enviando dádivas, más ó menos considerables, haciendo promesas que casi se garantizaban, de conceder destinos administrativos de importancia y comprometerse jefes de elevada graduación, para ir al campo en busca de cuantos quisieran dejar la vida azarosa de la manigua y acompañarlos á su entrada en los poblados, sólo se pudo señalar la presentación de algún insignificante jefe de grupo, que confesó posteriormente, que se habría entregado por necesidad y sin condición de ninguna clase, ó sea á discreción, de haber continuado pocos meses más al frente de la isla el general Weyler. Estos insignificantes éxitos, ocasionaron la muerte de algunos brillantes individuos del ejército español, á los que se les hacía creer lo honroso que era para ellos ir á pactar

con los jefes insurrectos para que hiciesen traición á la causa que defendían.

Mas los principales cabecillas animados con el relevo del general Weyler, atribuído muy fundadamente á instancias de los Estados Unidos, ó por lo menos para dar una prueba de consideración á un país que censuraba duramente á aquel general, empezaron á reunir sus dispersas y amilanadas huestes, dando nuevas señales de su existencia y cometiendo impunemente infinidad de fechorías, lo cual produjo que se aumentara con rapidez el número de partidas, á lo que contribuyó en gran escala la revocación de la orden de concentración de campesinos y la inacción que se tuvo á nuestras columnas en espera de las bondades que traían las transcendentales reformas. No de otra suerte podemos explicarnos la aparición de núcleos enemigos de importancia en la provincia de Pinar del Río, casi pacificada en tiempos del general Weyler, los que no desvirtúan el estado en

que quedó aquella provincia al cesar en su mando, máxime cuando nada ha vuelto á saberse de ellos, ignorándose hasta la fecha el que se hayan presentado, y si bien de la aparición de esas partidas se quiso hacer un argumento en contra de la política seguida anteriormente, los sucesos posteriores han hecho que resulte contraproducente.

Tarea ímproba sería seguir enumerando detalladamente los acontecimientos que se fueron sucediendo, y que por ser tan recientes son bien conocidos, limitándome á consignar que, en las provincias que dió por pacificadas el general Weyler, se vino á confesar que, en efecto, el quebrantamiento de la insurrección era palpable, sin que el régimen autonómico produjera efecto alguno en aquellas partidas que no habían sido castigadas por hallarse en territorios donde no se había podido llevar aún la guerra en gran escala, efecto de la premura del tiempo y las circunstancias que han ido quedando relatadas anteriormente.

El general Blanco, sin embargo de conocer estos efectos, creyó más conveniente, dado el papel que voluntariamente se había impuesto desempeñar, permanecer en la Habana *preocupándose de los honores y preeminencias de que debían gozar los funcionarios autónomos*, que el combatir enérgicamente á la insurrección en el departamento oriental y encargó, por lo que resulta de los partes oficiales, al general Pando de semejante misión, no debiendo citar siquiera las operaciones efectuadas en otras provincias, por recordarnos los procedimientos empleados por el general Martínez Campos, de que ya nos hemos ocupado.

El general Pando, al regresar á la isla, después del relevo del general Weyler, fué seguramente á poner en práctica los planes estratégicos que exponía en el salón de conferencias, círculos y demás lugares públicos, al criticar la gestión de aquel que había tenido por jefe, y todo el mundo

esperaba unos resultados sorprendentes. Creyó primeramente que, en cuanto se dirigiera contra Máximo Gómez, la captura de éste sería inmediata, y, en efecto, no dió resultado alguno el movimiento de columnas numerosas emprendido desde Sancti-Spíritus hacia la Reforma, Santa Teresa y demás puntos que frecuentaba el grupo que mandaba dicho cabecilla, lo cual era lógico ocurriera, puesto que grandes núcleos concentrados no son los más apropiados para la persecución de escaso número de individuos.

Entonces se decidió á llevar la guerra al departamento oriental, y, sin duda, por seguir un plan que pusiera de relieve la obra del general Weyler, sin preparación previa para la guerra, aglomeró fuerzas en la jurisdicción de Manzanillo para atender á la defensa del río Caúto y hacer por esa vía fluvial el aprovisionamiento de los pueblos del interior, muchos de ellos mandados desocupar en tiempos del general Weyler

por su escasa importancia, lo penoso que resultaba su racionamiento, y porque en el plan que no le dejaron realizar en el departamento oriental, entraba seguramente, haber empezado de oriente á occidente para haber empujado á los rebeldes hacia la trocha de Júcaro á Turiguanó, partiendo de los puntos en cuyo territorio había riqueza explotada, y de esta suerte, á la vez que los iba amparando, se llevaba á la insurrección á sitios donde la falta de recursos la hubiera hecho más difícil su existencia, no conviniendo, por lo tanto, conservar unos pueblos que presentaban grandes inconvenientes sin dar utilidades prácticas para el objetivo general de la campaña.

Semejante aglomeración de fuerzas ocasionó numerosas bajas, así como el tenerse que efectuar las operaciones por terrenos pantanosos y malsanos, y aunque se libraron algunos combates de importancia, no se logró más, que intentar asegurar una comu-

nicación, cuya utilidad no ha podido traslucirse sino como beneficiosa para los que tuviesen intereses creados en aquellos territorios, en modo alguno en provecho de la causa española, castigando á la insurrección.

Los sucesos internacionales se precipitaron y volvieron á paralizarse las operaciones contra los rebeldes, habiendo permanecido el ejército, en todo este período de mando del general Blanco, con una resignación extraordinaria, sufriendo mil privaciones, expuesto á las inclemencias del clima y mal comido en más de una ocasión por repetidas imprevisiones, peor pagado por atenderse con preferencia á satisfacer necesidades de orden civil, consiguiendo al nuevo régimen, y lo que es más doleroso, sin que se obtuvieran resultados halagüeños, por falta de dirección acertada, desde que se marchó el general Weyler, habiéndose empleado gran parte de dicho ejército, la mayoría de las ve-

ces, como medio político, para atraerse cabecillas, en lugar de llevarle á combatir para vengar á su patria de los agravios que la estaban infiriendo aquellos hijos ingratos, á los que se ofrecían más consideraciones que á los leales de toda la vida. Si á esto se agrega que, en los primeros puestos administrativos, vió el ejército figurar á los que hacía poco tiempo eran considerados, salvo raras excepciones, como de reputación nada envidiable, se comprenderá perfectamente el grado de resignación que debió experimentar para no hacer la menor protesta, aun constándole que algunos de los nuevos personajes habían sido sus más encarnizados enemigos.

Sacamos del examen de la gestión del general Blanco la consecuencia de que debió interpretar fielmente las órdenes é instrucciones recibidas del ministro de Ultramar, mas como General en Jefe no se le vió ejecutar nada de provecho, por lo que el Ejército no le debe estar muy reconocido,

viendo cómo sacrificaba sus antiguos prestigios militares al puesto político que había aceptado y que desempeñaba.

Y para terminar esta parte, recordaremos que el desaliento que se sentía en la Península, al considerar el estado en que se encontraba la campaña de Cuba, fué en aumento progresivo por notarse cada día más lejana la fecha en que terminaría una guerra que tantas vidas había costado y que tantos recursos había consumido y por cuyo ideal se había sacrificado, sin que diese resultado, la pérdida casi absoluta de la soberanía y demás derechos que legítimamente tenía España sobre el territorio de la isla de Cuba.

VIII

La insurrección filipina.

EL GENERAL BLANCO.—DESCUIDOS LAMENTABLES.—CRECIMIENTO DE LA INSURRECCIÓN.—EL GENERAL POLAVIEJA.—PREPARATIVOS.—EXITOS.—PETICIÓN JUSTIFICADA.—EL GENERAL PRIMO DE RIVERA.—PARTES TRANQUILIZADORES Y MEDIDAS CONTRAPRODUCENTES.—HACIENDO EL JUEGO Á MORET.—PACTO DE BINAGNABATÓ.—IRRESPONSABILIDAD DEL EJÉRCITO.

La exposición que acabamos de hacer, en los capítulos anteriores, de las gestiones realizadas en la isla de Cuba, por los diferentes Capitanes generales que se sucedieron en el mando, desde que estalló la insurrección, pone de manifiesto el que, por causas ajenas á la voluntad del ejército y al

cumplimiento de sus deberes, dejó de obtenerse la pacificación completa por las fuerzas de las armas, proponiéndonos en esta parte hacer igual demostración respecto al territorio filipino.

Desarrollados los sucesos en este archipiélago con más celeridad que en la isla de Cuba, más fácil nos ha de ser practicar el examen de las gestiones de los respectivos Gobernadores generales, cuyo estudio lo efectuaremos en la forma más concisa posible, sentando la premisa de que nuestras deducciones se referirán principalmente al ejército peninsular, que allí ha combatido, por ser al que en particular, se le están haciendo las imputaciones que voy procurando rebatir.

El general D. Ramón Blanco ejercía el mando superior de las islas Filipinas, cuando al finalizar el mes de Agosto de 1896 estalló la rebelión tagala en la provincia de Cavite, que rápidamente se extendió por otras de la isla de Luzón.

Había dicho general cumplido el plazo reglamentario de su mando, que dura en tiempos normales tres años, continuando sin embargo al frente del archipiélago por haber iniciado unas operaciones militares en la isla de Mindanao, siguiendo la costumbre que habían ido estableciendo algunos generales antecesores en el mismo cargo, y efecto seguramente del carácter bondadoso que distingue al general Blanco, el elemento indígena supo inspirarse tal confianza en las esferas oficiales, que se descuidó mucho la vigilancia que en todos los tiempos venía ejerciéndose sobre aquellos habitantes, pertenecientes á raza inferior á la europea, dominados por los españoles, más bien por la fuerza moral que por la material de las armas.

No bastaron las repetidas indicaciones que le hicieron al Gobernador general las órdenes religiosas, y los peninsulares residentes en el interior de las islas, de los trabajos masónicos y filibusteros que en

gran número, y no escasa actividad, venían practicándose. Se tomaron estas advertencias como suspicacias y celos de la influencia que tenían ante el Gobernador general algunos ilustrados hijos del país, y no se adoptó la menor medida en averiguación de la exactitud de aquellos peligrosos trabajos, continuando el general Blanco la campaña que había emprendido en la isla de Mindanao, y cuyo objetivo principal era la sumisión de parte de sus indómitos habitantes, ocupando el territorio que se fuese conquistando militarmente para favorecer en su día, llevando gente á propósito, la colonización de los terrenos fertilísimos que circundan la laguna de Lanao.

Con este motivo, la mayoría de las escasas tropas que había en el archipiélago se concentraron en aquella isla, distante de Manila unos tres días de navegación, y cuando estalló la insurrección tagala en la isla de Luzón, ésta se encontró casi en absoluto desguarnecida de fuerzas del ejército.

Si en los primeros momentos se hubiera acudido con gran celeridad á sofocar la rebelión, la fuerza moral que se poseía en el archipiélago no se hubiera perdido, máxime habiendo empleado extraordinaria energía, castigando á los sediciosos, mas el temor de que las tropas indígenas pudieran simpatizar con los insurrectos, la pérdida de tiempo ocasionada al tener que llevar á la isla de Luzón el ejército que estaba en la de Mindanao y la escasez de fuerzas peninsulares que no podían distraerse de la guarnición de Manila, por la importancia de esta población y el considerable número de europeos que en ella residían, hicieron que la insurrección, no siendo perseguida, tuviera tiempo suficiente para fortificarse en diversos puntos, y aumentara de día en día considerablemente.

Con los elementos que pudieron disponerse y los refuerzos que primeramente llegaron de la Península, cuyo número ascendió á unos 5.000 hombres, se intentó

un ataque al poblado de Cavite Viejo, que era el principal foco de la insurrección, omitiendo otras insignificantes operaciones realizadas anteriormente por no haber tomado parte activa en ellas tropas peninsulares en suficiente número para juzgar de su comportamiento, cual si fuera el verdadero ejército español.

Antes de haberse iniciado aquel ataque debieron medirse las consecuencias que podrían sobrevenir en caso de un revés para nuestras armas, pues la escasez de fuerzas con que se contaba, no permitiría obtener la revancha, en mucho tiempo, por la dificultad de enviar nuevos refuerzos y no poderse recibir con urgencia, dada la distancia á que se encontraba la Península, aparte de que el efecto sería muy pernicioso, pues ante una raza inferior el más convincente derecho es el de la fuerza, y estando ésta de parte de los sublevados, los demás habitantes no tardarían en unírseles.

Así ocurrió desgraciadamente. Se em-

prendió un movimiento sin la suficiente preparación y algunas columnas fueron contenidas en su avance, como sucedió á la que atacó por el istmo de Cavite, quedándose casi diezmada, sin jefes ni oficiales, por haber realizado el asalto á las trincheras, que estaban situadas en posición poco menos que inexpugnable, á pecho descubierta, y como los resultados prácticos logrados no fueron de un éxito convincente, se perjudicó nuestra causa, no obstante el valor heroico que demostró el ejército.

Siguieron llegando refuerzos, mas como no se empleaban con acierto no se lograban éxitos provechosos y en lugar de destituir al general Blanco y exigirle la responsabilidad de sus actos, el Gobierno, contra sus deseos y con arreglo á indicaciones que parece le fueron hechas en altas regiones, envió al general D. Camilo Polavieja, adoptando, para disimular su enojo y ocultar este contratiempo político, una fórmula ó componenda de las usuales

en nuestro país, por la que, quedando el primero como Gobernador general y General en jefe, el segundo iba á dirigir personalmente las operaciones, determinación fundada en el quebrantamiento de la salud del general Blanco, y que quizás no disgustase á éste, que era lo que se quería conseguir.

Afortunadamente el general Blanco comprendió bien pronto el triste papel que se le reservaba, y al poco tiempo de llegar á Manila el general Polavieja, solicitó aquél por el cable su regreso á la Península, que le fué concedido, quedando así investido el citado general Polavieja, de cuantas facultades y autoridad son necesarias en el puesto que iba á desempeñar.

El general Polavieja realizó, acto continuo, lo que debió ejecutarse en los primeros momentos, ó sea restar cuantos elementos contribuían á sostener la rebeldía, imponiendo severos castigos á los simpatizadores de aquella causa que residían en

las ciudades; dió organización regular á las fuerzas á sus órdenes, combinando tropas indígenas entre las peninsulares para precaver una decepción; estudió los puntos estratégicos del teatro á donde era preciso llevar la guerra, así como los de situación de hospitales, enfermerías, aprovisionamiento, etc., etc., y cuando estuvo asegurado del gran número de probabilidades que tenía á su favor, para lograr resultados satisfactorios, emprendió las operaciones.

En su ayuda, tuvo este general la circunstancia de que en Manila tuvo reunidas y á su disposición, las fuerzas y material que se enviaban desde la Península, lo cual no había sucedido al general Weyler á su llegada á Cuba, ascendiendo su número á unos 24.000 hombres, logrando en menos de dos meses, con varios combates de mayor ó menor importancia y muy especialmente por los ataques á Silang y Cavite, castigar duramente al enemigo, obligándole á diseminarse por

los abruptos montes de aquel extenso territorio.

En estas operaciones demostró el ejército una gran bravura y perfecto conocimiento de sus obligaciones, corroborando, de un modo indiscutible, que bien empleado se basta por sí propio para lograr los objetivos que se deseen conseguir.

En semejante estado la campaña, el general Polavieja debió poner en conocimiento del Gobierno la necesidad imperiosa que existía de recibir 20.000 hombres más, para ir ocupando el país y aniquilar los grupos en que se había fraccionado el enemigo, con lo que en plazo breve, y por la fuerza de las armas, se lograría la pacificación completa.

El Gobierno temiendo seguramente que se alarmara la opinión pública, haciendo al país un pedido de hombres de semejante importancia, cuyo envío y sostenimiento en el archipiélago, exigía además un gasto considerable, quizás presentó dificultades á

tan acertada petición, fundándose en que ya había enviado cerca de 28.000 hombres desde que estalló la insurrección, lo que, coincidiendo con el malestar creciente que sentía el general Polavieja, efecto de su delicado estado de salud, le obligaron á presentar la dimisión, que en efecto le fué aceptada con gran contentamiento del Gobierno, puesto que podía disponer de tan elevado puesto para complacer á algún general, amigo de la situación, y se libraba para lo sucesivo de la abrumadora carga que supone el tener que sostener relaciones oficiales con quien, como el general Polavieja, no había ido á Filipinas por expresa voluntad de los Ministros de la Corona.

Nombrado en su reemplazo el Capitán general D. Fernando Primo de Rivera, en cuanto se hizo cargo del mando, reanudó activamente las operaciones, y ora porque el enemigo se diseminase cada vez más, máxime después de diversos combates que tuvieron lugar en este tiempo, ya porque

quiso tranquilizar á la opinión, haciendo al propio tiempo un buen servicio á su partido, que era el que á la sazón ocupaba el poder, es lo cierto que sucesivamente fué enviando partes muy tranquilizadores, acerca del estado de la insurrección, asegurando no necesitar más elementos de los que allí había para terminar, en plazo breve, la obra de la pacificación. Lográbase por el pronto, con estas indicaciones, hacer una crítica de la precipitación con que su antecesor había procedido al hacer el pedido de hombres que queda indicado.

Sin embargo de lo expuesto el general Primo de Rivera no debía estar muy seguro de sus asertos, en cuanto que siguió armando milicias indígenas en las diversas provincias sin escasear su número, explicando esta determinación como medio de sacar provecho, en beneficio de España, de las rivalidades que siempre han existido entre los habitantes de distintas localidades, así como el lograr de esta suerte un

aumento de fuerzas combatientes que costaban mucho más baratas que si hubieran sido peninsulares; medida que nos ha resultado bien funesta al estallar el conflicto con los Estados Unidos, pues ya sea porque se desconoció el uso que debió hacerse de estas milicias, ó porque no se quiso desarmarlas á la terminación de la campaña insurrecta, en su casi totalidad son las que más nos han atacado, prestando una gran cooperación al ejército americano. De España, pues, salieron la mayoría de las armas que luego se han vuelto contra ella.

La campaña estaba en un período de perseguir núcleos enemigos, en territorio cada vez más reducido y rodeado de columnas, cuando se encargó del gobierno de la nación el partido fusionista.

Temeroso el general Primo de Rivera que, con este cambio político, no le dejaran terminar la obra que al parecer estaba realizando con acierto, por no estar afiliado en aquel partido, debió seguramente que-

rerse presentar ante los ojos de su nuevo jefe, el Ministro de Ultramar D. Segismundo Moret, como fiel adepto, celoso de contribuir á la obra de tranquilidad universal que encerraba la fórmula de que *la autonomía era la paz*, cuyos efectos repercutían en aquel archipiélago, indicándole los medios que podían emplearse para lograr rápidamente un éxito brillante.

Para ello es indudable, que al hacer la exposición del estado en que se encontraba el país, habría de señalar los dos caminos que se presentaban para obtener la pacificación. Uno la continuación de la guerra por la fuerza de las armas, empresa de alguna duración, sin éxitos brillantes, pero positiva á la larga y muy beneficiosa para el interés de España; otro, la compra de cabecillas por el oro español y promesas de reformas políticas, que presentado como medio de evitar sacrificios de nuevos gastos, y hasta interpretado el resultado que se obtuviese como consecuencia de la apli-

cación del *sistema autonómico*, produciría plácemes generales para la gestión del Ministro de Ultramar. Este segundo plan tenía además en su abono, que aparte de poderse sentir más rápidamente sus efectos, siquiera no fuesen duraderos, se amolda al general carácter de los filipinos faltos de ilustración por la facilidad conque entran en análogos tratos, repulsivos á cuantas personas tienen conciencia de sus deberes.

El Sr. Moret, á juzgar por lo que se ha podido traslucir de asunto tan nebuloso, no debió titubear y optó por el segundo procedimiento, enviando las instrucciones necesarias, aunque guardando las formas más correctas, para en su día, y en caso de un fracaso, demostrar, como ha intentado hacerlo aunque inútilmente, que su conducta había sido inspirada en adoptar la resolución que con más cariño apadrinaba el General en Jefe, por cuyo procedimiento se llegó al pacto de Binagnabató, que puso fin á la insurrección filipina.

Desde el momento que semejante tratado fué sancionado por el Gobierno, recibéndolo con júbilo, á él incumbe toda la responsabilidad, en modo alguno al ejército que, sumiso y obediente, estuvo combatiendo constantemente en las condiciones que lo pusieron, sin que le pueda afectar la participación que tomó su General en Jefe en aquel pacto, pues, únicamente, si los móviles que le impulsaron á suscribirlo, hubiesen sido la impotencia de las armas, era cuando se podría dudar de su comportamiento, cosa que no sucedió, pues bien claro se han visto indicados los motivos de haber empleado la determinación adoptada.

Protestar de este procedimiento, en presencia del enemigo, sería indigno de un ejército que defendía en las colonias la integridad del territorio, y por eso sufrió, con resignación, esta nueva afrenta que se hacía injustamente al poder de sus armas.

Este ejército, como vemos, obtuvo éxitos cuando se supo hacer uso debidamente

de su valer, llamando la atención de nuestros lectores de la analogía que se observa en las gestiones de los generales que, en esta época, ejercieron el primer mando en Filipinas y en Cuba; imprevisiones al principio, energía y acierto posteriormente, complacencias y debilidades al final, causas todas que en unión de otras políticas, algunas de las que hemos examinado ligeramente, son las que contribuyeron principalmente al estado en que hoy nos encontramos.

Rebatido, pues, el argumento de que se llegó al pacto de Binagnabató por impotencia del Ejército, paso á ocuparme de la forma en que se le ha llevado á luchar con el de los Estados Unidos, y la conducta que ha observado.

IX

La guerra con los Estados Unidos.

CEGUEDAD DEL GOBIERNO.—ACTITUD PATRIÓ-
TICA DE LA PRENSA.—LO QUE DEBIÓ HACERSE.
—ABANDONO IMPERDONABLE.—SITIO DE SAN-
TIAGO.—NEBULOSIDADES.—OPERACIONES EN
PUERTO RICO.—SIGUEN LOS MISTERIOS.—SU-
CESOS DE FILIPINAS.—DESAGRADABLE SOR-
PRESA.—ANALOGÍA DE ENIGMAS.—COMPOR-
TAMIENTO GENERAL DEL EJÉRCITO.—EL PRO-
TOCOLO, PRECIPITACIONES.—ENGAÑOS AL PAÍS.
—SU INDIFERENTISMO Y SUS AUTORES.

Desde que los Estados Unidos se cons-
tituyeron, al principio de siglo, en nación
independiente, fué lema constante de su po-
lítica la aplicación de la máxima de Monroe
«*América para los americanos*», para lo que
procuraron, en los diversos territorios del
nuevo continente; en que no ondeaba su
bandera, irse creando toda clase de intere-

ses, principalmente comerciales, cuya defensa les sirviera de pretexto para poder intervenir más ó menos directa y activamente en los asuntos interiores de aquellos países, según eran las energías de sus gobiernos respectivos.

Las anexiones que de esta forma y con tal sistema habían llevado á cabo, debía haber sido motivo más que suficiente para que nuestros gobiernos se hubiesen preocupado por el porvenir de nuestras colonias del mar de las Antillas y para que, aun confiados en la sincera amistad que aparentemente nos manifestaba aquella república y en la presunta intervención que las demás naciones de Europa tomarían si llegaba el caso temido, no hubiesen incurrido en las imprevisiones en que incurrieron y que no tienen disculpa, máxime desde el instante en que hubo pruebas fehacientes de los deseos á que aspiraba *amigo tan cariñoso*, puesto que si no hubiese sido bastante la enseñanza que debimos sacar de la

protección que recibieron de aquel país las anteriores insurrecciones cubanas, la presente nos debió abrir los ojos, sobre todo á los gobiernos, al ver como se preparaban en los Estados Unidos, casi públicamente, expediciones filibusteras y la forma en que se atendían nuestras reclamaciones diplomáticas que generalmente eran contestadas con exigencias beneficiosas para la causa insurrecta, todo lo cual debió ser motivo suficiente para prevenirnos contra lo que esta línea de conducta tenía que producir.

Pero aún hay más. En documentos oficiales debe constar, que uno de los gobernadores generales de la isla de Cuba, el general Weyler, anunció concretamente sus temores de un futuro rompimiento con los Estados Unidos, principalmente sobre la base ó bajo el pretexto, de las indemnizaciones inherentes á las pérdidas comerciales ó de propiedad ocasionadas con motivo de la guerra y que sus recelos, por si lle-

gaba el caso le habían obligado á completar el artillado y defensa de la plaza de la Habana; y por si todo lo dicho no hubiese sido suficiente para que los gobiernos saliesen de su letargo y se hubiesen prevenido para las contingencias futuras, así lo debieron haber hecho desde el momento en que pronunció el Presidente de los Estados Unidos, Mr. Mac-Kinley, su célebre mensaje en la inauguración de las Cámaras americanas, el día 6 de Diciembre de 1897, puesto que desde aquel acto nadie debió tener la menor duda de las intenciones de un país, que en boca de su presidente se ponían palabras *de intervención á fin de que cesaran los horrores que cometía en Cuba nuestro ejército* y que se pronunciaron en formas, tan poco corteses, que no eran disculpables, ni aún teniendo en cuenta el carácter y educación general de los habitantes de los Estados Unidos.

Desde aquel instante todo gobierno medianamente previsor, ó mejor dicho, que

no hubiese estado ofuscado, ciego ú obsesionado con esperanzas infantiles de conservar pacíficamente lo que necesariamente se nos iba á demandar con la fuerza, debería haberse apercebido para la guerra.

Y no puede excusarse el que nadie hubiera hecho la menor advertencia, toda vez que el general D. Valeriano Weyler formuló una razonada exposición dirigida á S. M. la Reina, protestando de los insultos que se inferían al ejército en el mencionado mensaje de Mac-Kinley, protesta que implícitamente envolvía también el aviso de que un pueblo que se conduce con otro de aquella suerte, injuriando al instituto armado, es que busca pretexto para medir sus armas con él. Mas en lugar de agradecer el aviso se dió carácter político á un asunto de tan vital interés, y procesando al digno general que habiendo iniciado defensa tan necesaria daba una leal señal de alarma á su patria, continuó impávido el Gobierno, dejando trascurriese el tiempo sin hacer

ningún género de preparativos, que aun resultando excesivos y hasta si se quiere innecesarios, hubieran sido aplaudidos por la opinión sensata, al considerar el celo y previsión del Gobierno español ante la más ligera sospecha, ó el más vano temor de una agresión extranjera.

Además, diaria y constantemente se tenían noticias telegráficas de los aprestos que se estaban haciendo en los arsenales de aquel país, las compras de buques de combate que realizaban en otras naciones, los estudios de movilización de fuerzas, el material de guerra que iban adquiriendo, y nuestro Gobierno entre tanto tranquilo, satisfecho, esperando los resultados de la aplicación práctica de la frase del tristemente célebre Sr. Moret, *la autonomía es la paz*, y persuadido, hasta la evidencia, de que las potencias europeas estaban de nuestra parte hasta el punto de que contaríamos con su concurso ó intervención, caso de una guerra con los Estados Unidos.

Si se creyera existe la menor exageración en cuanto afirmamos, pídase al Gobierno, por cualquier representante del país, relación detallada de cuantos medios de defensa ó recursos se hayan enviado á nuestras colonias ó á nuestros puertos, desde la fecha citada de la publicación del mensaje de Mac-Kinley hasta la declaración de guerra, y comprobarán que no hubo más envíos que los corrientes exigidos por las rebeliones interiores, existentes en Cuba y Filipinas, con la particularidad que desde esta última había empezado, por la época á que me refiero, el regreso de gran parte del contingente peninsular, juzgado allí como innecesario.

Había tal confianza en que la guerra con los Estados Unidos, no sobrevendría, que los ministros lo confirmaban en los menores detalles, recordando con este motivo, el que acordado, un mes antes de la declaración de guerra, el nombramiento del general D. Basilio Agustín, para el Gobier-

no general de Filipinas, en sustitución del general Primo de Rivera, cuya salud se había resentido oficialmente, el propio Ministro de Ultramar dió al general Agustín seguridades tan absolutas de la era de paz que iba á disfrutarse, no hablándole sino de las reformas políticas que tenía en estudio, que decidió emprender su viaje acompañado de su familia, de cuyo proyecto había desistido alarmado por los temores que él, como todo el mundo, presentía.

Viviendo en semejante estado de confianza un Gobierno que, por cuantos medios tenía á su alcance, procuraba inspirarla á la opinión pública, no es de extrañar el que se perdiera tiempo tan precioso como el transcurrido entre la publicación oficial del repetido mensaje y la declaración de guerra por los Estados Unidos, ó sean más de cuatro meses.

Júzguese el diferente aspecto que hubiera presentado la campaña, si desde aquella fecha se hubieran mandado en abundancia

viveres, municiones y material de guerra á nuestras colonias; si habiendo dado la señal de alarma á aquellos Gobernadores generales, éstos hubieran hecho obras de fortificación, aunque hubiera sido á la ligera, en defensa de los puertos más importantes de sus respectivos territorios, y si pudieron reforzarse las guarniciones de todas las plazas, enviando contingentes de la Península, así como haber distribuído nuestros barcos de guerra, tanto de gran porte como torpederos y destroyers en puntos convenientes para impedir, dificultar ó hacer fracasasen los bloqueos y demás operaciones que el enemigo intentase realizar.

Con sólo estos preparativos, que podían haber sido más completos, pues hubo tiempo más que suficiente, la guerra aun reducida á una defensiva absoluta, hubiera sido de larga duración y de dudoso éxito, si como es de presumir se hubiera producido decaimiento en el espíritu popular de los Estados Unidos, al observar lo costosas

que les resultaban las ventajas que pudieran ir consiguiendo.

En el tiempo desperdiciado no se hizo sino cambiar notas diplomáticas, haciendo cada día más concesiones, aun á trueque de nuestra dignidad, como fué el armisticio ó suspensión de hostilidades, concedido á los rebeldes, sin éstos demandarlo ni admitirlo. Todas nuestras penas se las contábamos á las naciones europeas que las recibían con glacial indiferencia, cuando no con satisfacción, por abrigar esperanzas de utilidades futuras; acudimos al Vaticano y también se lamentó de nuestra situación, pero nadie nos sacó del apuro, y contra toda razón, contra todo derecho fuimos á una guerra internacional sin preparación alguna, desprevenidos por la ceguedad del Gobierno, y casi con sólo los mismos elementos que teníamos como consecuencia del presupuesto de la paz, salvo los acumulados en Cuba y Filipinas para combatir las respectivas insurrecciones.

Injustos seríamos al no consignar en este momento que la prensa de gran circulación, aquella que siguiendo las inspiraciones de partido, ó dejándose arrastrar por sus simpatías hacia el fusionista, cuando se hallaba en la oposición, contribuyó en no pequeña escala, á que entrase en la gobernación del estado, se relevara al general Weyler, y se implantase la autonomía para halagar las corrientes de la opinión pública de España, que cansada de la duración de la guerra separatista veía á Cuba como pozo Airón que consumía sus hijos y tesoros, esa misma prensa venía ya divorciada de la opinión del Gobierno, reconociendo el fracaso de éste y llamándole la atención de los preparativos de guerra que debía hacer, en vista de la actitud que iban tomando los Estados Unidos en corroboración de los conceptos emitidos en el mensaje de Mac-Kinley.

Igualmente uno de los diarios más populares había emprendido, desde anterior

época á la que me estoy ocupando, una campaña constante y previsorá acerca de los aprestos navales que se debían ejecutar en nuestro país, cual si presintiera que la base de nuestro porvenir estribaba en poder contar con una numerosa y potente escuadra, campaña que fué acentuando, de día en día, al observar los preparativos que se hacían en los Estados Unidos.

Estas plausibles advertencias cayeron en el olvido más absoluto, pues la mayoría de nuestros gobiernos, sólo han atendido las indicaciones de la prensa, cuando ésta se ha plegado á sus exigencias ó pensamientos, negándole importancia y autoridad al demostrar iniciativas y previsiones en asuntos que contrariaban las voluntades de los gobernantes, ó ponían de relieve sus errores é imprudencias.

La prensa en esta ocasión no contribuyó en forma alguna á la provocación de la guerra, como hoy injustamente se pretende presentarla por algunos amigos del Go-

bierno, antes al contrario, hubo algún periódico como fué *El Nacional*, que vino vaticinando y acertando, las consecuencias que resultaron de la desdichada gestión del Gobierno fusionista, limitándose todos los demás, al comprender que la lucha era inevitable, á pedir previsión, que no tuvo por conveniente adoptar aquel Gobierno. Disculpar éste la aceptación de la guerra por la publicación de artículos defendiendo nuestro honor ultrajado, en los que además se partía de la hipótesis de disponerse de más elementos que los que luego han resultado, es cobardía notoria, queriendo así hacer olvidar la triste realidad de lo que ha sucedido y la verdadera causa á que se debe. La guerra se nos impuso por los Estados Unidos en forma tal, que únicamente nuestro Gobierno pudo evitarla al estar convencido de nuestra impotencia, pues tan solo él era quien podía conocer con exactitud los medios con que contábamos para responder á las agresiones que íbamos á sufrir. Ade-

más ¿qué conciencia tendría de sus deberes un Gobierno que se dejase imponer en asuntos de tanta transcendencia por artículos más ó menos sensacionales, que extraviando á la opinión no la presentaran los datos exactos de cuantos elementos había en el país para lanzarnos á una guerra con otra nación poderosa? La prueba de que el Gobierno ha estado divorciado de aquel barómetro de la opinión pública, es el desprecio que ha seguido haciendo de sus patrióticas advertencias, aun siendo reflejo exacto y fiel de cuanto el país siente, obligándola después á enmudecer en absoluto con la injustificada é ilegal suspensión de las garantías constitucionales.

En el momento en que fué conocido por nuestro Gobierno el ultimatum presentado por el embajador de los Estados Unidos, y mejor dicho antes que llegara este caso, debió estudiar con gran detenimiento nuestro estado militar y si, como han demostrado los acontecimientos que se han suce-

dido, no contábamos con probabilidades de éxito, se debió llamar á los jefes más prestigiosos de nuestro ejército y de la marina, á los principales personajes políticos, á los directores de la prensa, y, en fin, á todas aquellas personas que representaban fuerza y opinión del país, para darles cuenta detallada de cuanto ocurría, y seguramente no se hubiera ido á la guerra, proponiéndose alguna solución, ó hecho concesiones que, con la consiguiente protesta para defender nuestro derecho en el porvenir, nos hubiera evitado los desastres que se han sucedido, y habríamos ganado tiempo para preparar nuestra revancha, sin perder tanto cuanto por la fuerza hoy se nos arrebata.

Mas se temió una explosión de la opinión pública, si llegaba á comprender la impotencia de este país, y á cuyo estado nos habían conducido la mala administración é imprevisiones de los partidos gobernantes, movimiento que podía ocasionar, cuando menos, la caída del poder del par-

tido fusionista, á cuya conservación se atendió principalmente.

El Gobierno, pues, contra sus convicciones, según se asegura, pero por su propio interés aceptó la guerra. De él es solamente toda la responsabilidad, con arreglo á las teorías constitucionales por que se rige nuestro país.

Á la guerra fuimos teniendo, á nuestro frente, un Gobierno que no sentía el menor entusiasmo, y, lo que es peor, poseído de un pesimismo, de tal naturaleza, que no supo sacar el menor provecho de los elementos con que se contaba.

En efecto, los ministerios de la Guerra y Marina, estaban dirigidos por respetabilísimos generales, dados sus conocimientos teóricos y sus excelentes cualidades personales, pero que no habían presentado pruebas que les acreditaran como hombres de guerra, efecto de los pocos hechos de armas que figuran en la relación de sus historias militares, y claro es que les faltaba

ese conocimiento, indispensable de las funciones de una campaña, que sólo se aprende con una larga práctica obtenida al frente de ejércitos que han combatido, y, sin embargo, á ambos generales, por razón de su cargo, se les confió principalmente la dirección de la guerra, olvidando que, en nuestro ejército, existían altas jerarquías y generales que, habiendo estado en casi todas las campañas ocurridas en nuestra Nación, habían tenido á sus órdenes ejércitos numerosos, cuyos servicios debían haberse aprovechado en una guerra internacional, por ser la mejor ocasión para que demostrasen sus conocimientos y aptitudes, y la menos propicia para que hicieran su aprendizaje los que el destino no les había puesto en el camino de haberse acreditado como expertos generales.

Y para que nuestra desgracia fuese aún mayor, los acontecimientos sobrevinieron, hallándose al frente de dos de nuestras colonias generales como Macías y Agustín,

recién incorporados á sus nuevos cargos, que desconocían en absoluto las condiciones de aquellos países y por tanto la utilidad práctica que debía sacarse, desde los primeros momentos, de los medios naturales defensivos, accidentes topográficos, carácter de sus habitantes, etc., etc.

Por la forma en que se han ido desarrollando los sucesos, y las versiones que han sido del dominio público, resulta que el Ministro de la Guerra, Teniente general D. Miguel Correa, fué el alma ó principal director de la campaña y quiso demostrar que tenía criterio propio en asunto que, dada su transcendencia, requería el concurso de todos, y sin asesorarse con la opinión de generales que podían haberle ilustrado, dada su reconocida competencia práctica, de que él carecía, sin acordar con ellos un plan de campaña, cuyas líneas generales debían haberse transmitido, para su ejecución, á los Generales en Jefe de las colonias, en donde serían los presuntos teatros de la guerra,

no tuvo más ideas que acordar una defensiva absoluta, ordenando que se preparasen para este fin aquellos territorios con los escasos elementos con que contaban, intentando precipitadamente, y ya en plena campaña, enviar algunos de boca y guerra, muchos de los que cayeron en poder del enemigo, ó fueron destruídos por éste.

Lo propio se resolvió para la Península é islas adyacentes; fortificar lo mejor que se pudiera algunos puertos, y esperar la iniciativa del adversario, al que se dejó tranquilamente seguir preparándose, pues no se pensó jamás en la contingencia de que nuestras tropas pudieran tomar la ofensiva.

Con arreglo á este plan, las guarniciones de las islas Baleares y Canarias pudieron reforzarse con algunos batallones enviados de la Península. A Puerto Rico se enviaron dos batallones, sacados de la isla de Cuba, en los primeros días transcurridos después de la declaración de guerra.

Algunos puertos de la Península é islas adyacentes pudieron artillarse medianamente, teniendo que hacerse análogas operaciones, aunque en peor forma, con los de las colonias por la escasez de elementos.

Todos estos trabajos se realizaron, en su mayoría, después de la declaración de guerra, citando, en justificación de las deficiencias que se fueron observando, el hecho de que el general Correa tuvo tacto especial en la elección del personal, que desde el Ministerio de la Guerra, en su cuartel general, secundaba sus órdenes, pues, sin negar á ninguno sus grandes conocimientos técnicos, en general la mayoría de aquel personal presentaba también, en sus hojas de servicios, escasa ó ninguna práctica de guerra.

La índole de la campaña que se iba á entablar debió hacer pensar, desde los primeros instantes, que el aislamiento en que pudieran quedar nuestras colonias, en el caso de sufrir un fracaso nuestra escuadra, nos pondría en situación difícil, y era preciso

evitarlo á toda costa, pues de otra suerte el enemigo llevaría la guerra impunemente á donde mejor le conviniera, y por lo tanto que los elementos marítimos, con que contásemos, no debíamos exponerlos en un combate, sino que nos debían servir para tener en jaque constante á los más numerosos y potentes del adversario, haciendo lo que en las guerras terrestres practican las pequeñas partidas, ó sean *las diversiones* en puntos donde se ejerce la menor vigilancia, ora concentradas para dar un golpe seguro y diseminarse en seguida dificultando su persecución, ya aisladamente para dar señales de presencia en muchas partes, y reunirse nuevamente en sitios previamente acordados.

Nuestra escuadra nos pudo servir también, en los primeros momentos, para proteger un desembarco de mayor ó menor importancia de fuerzas voluntarias que hubiesen ido á los Estados Unidos, al punto menos esperado por el enemigo, con lo

que se le hubiera obligado á diseminar sus fuerzas marítimas, y quizás se hubieran producido grandes entorpecimientos en la movilización de su irregular ejército, pero nuestro Gobierno adoptó el peor de los partidos, el que nos condujo á la más crítica de las situaciones y no fué otro que el de enviar nuestra escuadra, después de una pérdida de tiempo inconcebible, á la isla de Cuba, en condiciones bien medianas de armamento, municionamiento y provisiones, para que, imprescindiblemente, se viera en la necesidad de medir sus armas con la más superior de los Estados Unidos, teniendo, según frase vulgar empleada por nuestros enemigos, para retardar el momento del desastre, que *embotellarse en el puerto de Santiago de Cuba*.

¿Qué objetivo se propuso obtener el Gobierno con este plan? Nadie ha podido explicárselo, á menos que se creyera ser mejor nuestro porvenir perdiéndose nuestros barcos, para que resultase en todo su apo-

geo el concepto que emitió el Ministro de la Guerra al decir, *que lo que él deseaba era que no tuviésemos ningún barco de guerra.*

Nuestra escuadra jamás debió abandonar las proximidades de la Península, sino para ir sigilosamente á dar un golpe de audacia, regresando inmediatamente, con lo cual al ocurrir cualquier accidente inesperado, como fué el desastre de Cavite, su envío á aquel Archipiélago hubiera hecho cambiar la faz de los acontecimientos.

Las islas de Cuba y Puerto Rico, aunque necesitadas de grandes elementos, tenían fuerzas peninsulares que impidieran ó dificultasen el rápido avance, subsiguiente á un desembarco, ocasionando bajas al enemigo, en unión del clima de aquellos países que, en esta ocasión, era nuestro auxiliar. En cambio las Filipinas, con un ejército, en su mayoría indígena, quedaban desamparadas, y una escuadra enemiga, casi insignificante, obtuvo un éxito que jamás debió

lograr, sin tantos abandonos é imprudencias por parte de nuestro Gobierno.

La fatalidad, que en esta guerra nos ha perseguido, emanada del desacierto que siempre predominó en los encargados de velar por el honor de nuestras armas, hizo que se adoptara el expresado acuerdo de enviar la escuadra á Cuba, y que, encerrándose en el puerto de Santiago, constituyera el objetivo principal de los americanos la toma de esta plaza, que, á su vez, les daría la captura ó destrucción de nuestra escuadra.

En semejante situación y sin temor de ninguna clase, pudo el enemigo ir preparando elementos para realizar desembarcos que, favorecidos con el auxilio de los insurrectos, permitiera establecer un cerco completo de aquella plaza, cuya posesión era cuestión de tiempo.

Natural y lógico parecía que el Gobierno en presencia de objetivo tan determinado, hubiera llamado la atención del General en

Jefe del ejército de aquella isla para que se acumulasen en dicha plaza el mayor número posible de elementos defensivos, pues la empresa, que el enemigo iba á realizar, necesitaba gran número de días en su desarrollo, (más de un mes se tardaron en los preparativos) pero sin duda no creyó acertado distraer al general Blanco de su elevada misión de preocuparse del funcionamiento del régimen autonómico cuya bondad aún se esperaba, y se desatendió, cosa que nunca debió hacerse, la defensa de aquella plaza, confiada desde los primeros momentos á una escasa guarnición.

Por otra parte, establecido alrededor de la isla el bloqueo por buques enemigos, desde el principio de la guerra, fué debilitándose, poco á poco, y principalmente con motivo de tener que acudir la mayoría de ellos á las proximidades del puerto de Santiago para impedir la salida de nuestra escuadra, y nuestro Gobierno, que para enviar víveres á la isla de Cuba había fle-

tado casi todos los barcos de la Compañía Trasatlántica, pregonaba, como gran victoria, el que uno de ellos, por rara casualidad, consiguiera penetrar en cualquier puerto.

Este procedimiento, empleado como medida general para forzar el bloqueo y llevar recursos, demuestra también la inexperiencia que se tenía de los asuntos de la guerra y el olvido ó desconocimiento de la enseñanza práctica adquirida con motivo de la guerra anexionista. Entonces, con análogo objeto, se formaban sociedades en la Habana y otros puntos para introducir víveres en los puertos bloqueados, fletando barcos viejos, con bandera neutral, y contratando los artículos que se conducían á precios tan elevados á su introducción que, con solo salvar una expedición, compensaba la pérdida de cuatro. Desde Méjico, Jamaica y otros puntos cercanos á Cuba, debió intentarse igual sistema, mas no fletando barcos por cuenta del Gobierno

español, como se ha hecho asegurándolos además previamente, pues faltando interés al armador y al capitán del barco, como nada perdían, al menor peligro abandonaban la carga, según hemos visto ha ocurrido, causando grandes perjuicios al Estado, sin la menor utilidad. Con mucha más razón no debieron emplearse los hermosos barcos de la Compañía Trasatlántica, pues la indemnización, que tendremos que abonar, nos va á resultar bien gravosa.

Además para este servicio sólo se requiere buenos agentes en diversos países, para que estimulen estos negocios, sin que se necesite el que vayan á plantearlos funcionarios militares de elevada categoría, como parece se ha realizado, desatendiendo otras funciones de guerra, de carácter preferente, que les estaban encomendadas. (Me refiero á las noticias que se tienen del viaje á México del Teniente general don Luis M. de Pando, Jefe de E. M. G. del ejército de la isla de Cuba, citándolo en

prueba de la imparcialidad que procuro imprimir á estos apuntes, y de cuyo viaje debe exigirse la debida responsabilidad á quien directamente tuviese la culpa de haberlo ordenado, ó haberse hecho solidario de ella, al no disponer el correctivo consiguiente, si se efectuó sin su consentimiento).

Aislada la guarnición de Santiago de Cuba, disminuyendo cada vez más los víveres que había en la plaza, máxime con el consumo que hacían las tripulaciones de los buques de nuestra escuadra; soportando constantemente el fuego de artillería de grueso calibre de barcos enemigos, á los que no se podía ofender seriamente dado el pequeño alcance de las piezas que defendían la entrada del puerto, fué viendo, sin esperanzas de recibir auxilios, acumularse elementos poderosos para aniquilarla, y sin embargo mientras estuvo bajo las órdenes de un jefe de tanto prestigio como el general D. Arsenio Linares, que aun escaso

de medios supo emplearlos acertadamente, disputó palmo á palmo el terreno que querían arrebatarle, batiéndose heroicamente; siendo la demostración más palpable, del comportamiento de esta guarnición, el número de bajas propias y el de las causadas al enemigo. (Nuestras fuerzas que sostuvieron los principales ataques, tuvieron unas 850 bajas siendo su número de 1.200, pues la restante guarnición hasta 7.500 hombres útiles estaba repartida en una línea de cerca de 15 kilómetros. El ejército sitiador calculado en 25.000 hombres, de los que 12.000 entraron en fuego, tuvo próximamente 2.000 bajas).

Herido gravemente en uno de los combates el general Linares, y encargado del mando el general Toral, sucesos que casi coincidieron con la salida intempestiva de nuestra escuadra, y su total destrucción, los acontecimientos posteriores se encierran en una nebulosa tan difusa, que es imposible formarse exacto juicio de ninguno de

ellos, ni de las causas que los produjeron, pero desde luego es de presumir que un ejército, que tan valerosamente supo batirse anteriormente, no habrá capitulado en la forma en que, según referencias, lo ha realizado por temor al enemigo, sino por razones ajenas á su voluntad, y de las que quizás no estará exento de culpa el Gobierno, cuya conducta pusilánime no logró que decayera el espíritu reinante en el ejército de Cuba, no obstante que procuraba por todos los medios, aunque inconscientemente, reducirle á la atonía en que hoy se encuentra el pueblo español por causas que he de indicar más adelante.

No he de terminar la narración de este accidente desgraciado, sin consignar que después de iniciados los ataques formales á la plaza de Santiago de Cuba, el director de la campaña, ó el general Blanco, debió dar órdenes para que salieran refuerzos desde Manzanillo con toda urgencia, y en efecto, y á pesar de tenerlo que efectuar

en la época de las lluvias, por terrenos accidentados y pantanosos, cinco batallones bien mermados de fuerza, emprendieron la marcha, y después de librar serios combates con las partidas insurrectas, que á todo trance querían impedir su paso, y costándoles 30 muertos y 67 heridos, lograron al cabo de más de doce días de tan penosa marcha, realizar el objetivo de ella, ó sea llegar y penetrar en la plaza, pero su cooperación fué ineficaz por haber sido imposible el transporte de un convoy de víveres, dado el estado de los caminos y no haberse previsto la necesaria consecuencia de que semejante aumento de guarnición tenía que contribuir al consumo más rápido de los artículos de primera necesidad que ya iban escaseando en aquella plaza, sitiada desde larga fecha. Además, estos refuerzos, dada la situación en que se encontraba Santiago de Cuba, debieron haber servido para asegurar, tomando posiciones, la retirada de toda la guarnición, en modo alguno para

ser encerrados dentro del cerco formado por los sitiadores, imprevisión imputable exclusivamente á los iniciadores de este movimiento, por no haber dado órdenes claras, abarcando todas las eventualidades que podían encontrar estas fuerzas de auxilio, en modo alguno á los dignos jefes, oficiales y soldados, que acudieron donde se los mandó, perdiendo no pocos su vida y exponiéndola todos, así como pasando mil penalidades para cumplir, hasta con exceso, con su deber, creyendo que así servían al interés de su patria.

¿Cómo es posible que estos valientes individuos, unidos á los que en los días 23 y 24 de Junio en las lomas de Sevilla, el primero de Julio en el Caney y San Juan y el 2 y 3 subsiguiente en el recinto de la plaza, habían sostenido gloriosos combates con las tropas americanas, fuesen á capitular por su voluntad, si no hubiesen existido razones de alto interés, que les haya obligado á tomar esta determinación?

Estas causas, que hoy permanecen en el misterio más profundo, es preciso que se esclarezcan y pueda apreciarse quiénes fueron responsables de ellas, siendo esta la menor satisfacción que puede exigir un ejército cuyos individuos tienen conciencia de haberse comportado como hijos dignos de España.

La luz se impone, y si para que ésta brille hay que poner de relieve las torpezas de muchas personalidades, ó las malas artes empleadas, siquiera hayan sido movidas con la mejor buena fe, no hay que tener miramientos, que ante el interés de salvar el honor ultrajado, deben sacrificarse amistades y consideraciones de todo género.

La fecha del 15 de Julio, en que se firmó la capitulación de Santiago, debe ser la del principio de la reorganización del ejército, y diciendo cada cual lo que sepa será bastante para demostrar que todos los jefes, oficiales y soldados cumplieron con sus deberes, lo que no sucedió á los que obli-

garon á que se llegase á la situación en que se vió su guarnición y por lo que esos aludidos individuos, sean los que fueren, deben ser juzgados severamente y con arreglo á las leyes.

Anteriormente á estos sucesos que he referido, el ejército de la isla de Cuba demostró su excelente comportamiento en cuantos hechos tomó parte. Recuérdense los ataques á Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos, Casilda, Tunas de Zaza y Manzanillo, donde batiéndose heroicamente nuestro ejército, se impidieron los objetivos que se proponía alcanzar el enemigo, debiendo, como resumen, manifestar que al convenirse y aceptarse, como preliminar para la paz, lo que se consignó en el protocolo de que tanto se ha hablado, la única ventaja positiva que el ejército americano había conseguido en la isla de Cuba, era la posesión de la plaza de Santiago, gracias á una capitulación que, como hemos dicho, reclama una información clarísima en obse-

quiu y legítima defensa de un ejército que obtuvo éxitos cuando se le supo emplear acertadamente.

Escaso tiempo hemos de emplear en el relato de las operaciones militares efectuadas en la isla de Puerto Rico, por carecerse, acerca de ellas, de noticias oficiales, limitándonos á enumerar que en los comienzos de la guerra, la escuadra americana intentó un ataque al puerto de San Juan, iniciando, sin previo aviso, un bombardeo que fué rechazado. Posteriormente, y después de la entrega de la plaza de Santiago de Cuba hasta la firma del protocolo, se ve al ejército americano efectuar tranquilamente desembarcos en Guánica, Ponce y Mayagüez, avanzar por tierra hasta las proximidades de Aibonito, cual si practicara *un paseo militar* sin el menor contratiempo, y como no se tiene conocimiento de ningún combate de importancia, se culpa al ejército de no haber contenido estos movimientos de su adversario. ¡¡Cuánta injusticia al

juzgar precipitadamente, sin conocimiento de causa!!

Basta para desvanecer aquellos cargos reflexionar que la falta de fortificaciones y defensas de que adolecían los puertos elegidos para desembarcar el ejército americano, no es imputable al ejército español. El responsable, en primer lugar, es el Gobierno; dentro de él, el director de la campaña, y en último término el general Macías, quien debe justificar aquel abandono, así como los motivos que tuvo para no haber enviado las suficientes fuerzas para entablar combate tan pronto como fueron conocidas la situación é intenciones del enemigo.

El ejército sería responsable, cuando habiéndosele puesto frente á su adversario no hubiera combatido, ó lo hiciese con tibieza; pero el mejor ejército del mundo, si siempre lo sitúan fuera del alcance de sus medios ofensivos, no puede impedir los proyectos del contrario, y esto es lo que

aparece de las narraciones que hasta la fecha son del dominio público.

No puede admitirse como disculpa el desconocimiento que el general Macías tuviera del territorio de aquella isla, efecto del poco tiempo que llevaba al frente de dicho mando, á lo sumo será una circunstancia atenuante, máxime si demuestra la escasez de elementos con que contaba para impedir los desembarcos y defender los puertos de la isla, por efecto del aislamiento en que le dejaron las imprevisiones del Gobierno; mas lo que exige aclaraciones terminantes es, el motivo que hubo para no oponer enfrente de las del invasor las fuerzas que hubiera, pocas ó muchas, para que el *bochornoso pasco militar* les hubiera costado numerosas bajas, como era de esperar y así habría sucedido, si al ejército español se le hubiese puesto ante el americano.

Este retardo en proporcionar la ocasión de combatir ambos ejércitos no parece ca-

sual, sino al contrario, buscado é inspirado por causas que, por su índole y al no estar comprobadas, no me atrevo á consignar; pero, desde el instante en que se hacen imputaciones á los dignos jefes, oficiales y soldados de aquella isla, su silencio no conduciría sino á que continuaran tranquilamente, causando la perdición de nuestra Patria, los verdaderos responsables de los desastres, por cuyas faltas se pone en duda el comportamiento de todos ellos, y de ahí la necesidad de que se expliquen y hagan públicas, por los que están enterados de ellas, las verdaderas causas de esos que hoy aparecen como inexplicables sucesos.

En análoga forma tenemos que expresarnos respecto á los ocurridos en el Archipiélago Filipino desde que empezó la guerra con los americanos.

Encontrábase al frente de este mando el general D. Basilio Augustin, persona ilustradísima, pero, que estando recién llegado y siendo la vez primera que había ido

á aquel país, lo desconocía prácticamente en absoluto. Este nombramiento es otro cargo de imprevisión que debe hacerse al Gobierno, pues mandar una persona nueva á un territorio en el que acababa de ser sofocada una insurrección, para que, como autoridad superior, implante reformas y evite nuevos contratiempos, no parece ser el medio más acertado, y, por el contrario, es merecedor de la crítica más severa, pero á pesar de esos inconvenientes se siguió, respecto á dicho nombramiento, el sistema corriente y usual entre nuestros políticos, de buscar puestos para los amigos que se presten á las exigencias de los Gobiernos, sin valerse de hombres apropósito para el mejor desempeño de los cargos, si se teme que no se habían de prestar á lo que de ellos se quisiera exigir, y como el citado general Augustin era de los más indicados, pues no había de presentar dificultades al reformista ministro de Ultramar Sr. Moret, á esto se debió su nombramiento, á pesar de que su

candidatura jamás había sonado para el desempeño de aquel elevado puesto.

Dicho desconocimiento del país, debió ser causa, seguramente, de que los sucesos que se desarrollaron alcanzasen mayor importancia de la que en realidad hubiesen tenido, de haber estado al frente del archipiélago persona que hubiera sabido aprovechar las condiciones variadas que concurren en sus habitantes. En efecto, según lo que públicamente se ha podido indagar, aparece que los americanos fomentaron nuevamente la insurrección filipina, que se presentó bajo pretexto de haber faltado España á las promesas de reformas ofrecidas al firmarse el pacto de Binagnabató, y para combatirla, dados los escasos elementos con que se contaba, no sólo se armaron más milicias indígenas de las creadas en tiempo del general Primo de Rivera, las que se fueron sucesivamente marchando á la insurrección, sino que algunas que permanecieron fieles porque estaban interca-

ladas entre fuerzas europeas ó mezcladas las de diversas provincias, se reorganizaron sobre la base de unidad de procedencia, con lo que cesó el antagonismo que entre ellos existía, y que había producido hasta entonces su lealtad, y, por lo tanto, también desertaron. Además las fuerzas europeas que formaban parte de las columnas, se fueron concentrando en su mayoría en Manila, reemplazándolas por tropas indígenas que llegaron á constituir la parte más numerosa de las mismas columnas, por lo que sucedió repetidas veces, que al entablarse algunos combates, los peninsulares quedaban solos, por pasarse al enemigo los filipinos, y en tan escaso número que no tenían más remedio que sucumbir. No de otra suerte nos podemos explicar el crecimiento tan rápido que alcanzó la nueva insurrección, que, sin poder ser castigada, fué apoderándose de diversos destacamentos aislados que no pudieron recibir auxilios, ni protección, después de defensas

más ó menos heroicas, según la naturaleza peninsular ó indígena de sus guarniciones.

Una sola ventaja se logró con la concentración de fuerzas europeas en Manila, que fué la defensa que posteriormente se hizo de esta plaza y que puede presentarse como modelo, dado el número de combates que hubo que librar; pero ¿no hubiera sido distinta la situación, si una persona conocedora del país hubiera aprovechado los elementos de que disponía, basándose, y adquiriendo nuevos auxiliares, con sólo fomentar los antagonismos que existían entre los habitantes de las diversas provincias, con cuyo medio ó sistema habría impedido el desarrollo de la insurrección y quizás habría logrado tener mayor número de fuerzas que oponer contra el ejército norteamericano? ¿No pudieron emplearse las fuerzas europeas en reprimir la insurrección en los primeros momentos y en castigar energicamente á los rebeldes antes de que éstos, envalentonados, recorrieran tranquilamente

el país, sublevándole, en vez de encerrarlas en la plaza de Manila? Desgraciadamente nada de esto se hizo ni aun se calculó, y desde el desastre de nuestra escuadra en Cavite, imputable también, en gran parte, á la falta de medios defensivos que presentaba la entrada de la bahía de Manila, cuyos elementos, según se vió después, los enviaba el Gobierno con tal retraso que no pudieron salir de Singapoore porque, declarada la guerra, se temió que cayeran en poder de la escuadra americana.

Puede decirse que en el archipiélago filipino, casi todo el ejército peninsular estuvo cercado en la plaza de Manila, rechazando diariamente, y por espacio de dos meses, los ataques dados por los rebeldes constantemente y á todas las horas del día y de la noche, sufriendo un bloqueo de más de tres meses, y con él las mayores privaciones, y no obstante ver muchas deserciones en las tropas indígenas, no recibir refuerzos y perder hasta la esperanza de que la madre

patria se acordase de ellos, su comportamiento, según los partes recibidos, nada dejaba que desear.

Mientras tanto que los rebeldes sitiaban dicha plaza, los americanos fueron enviando refuerzos, que desembarcaron con el auxilio de los primeros, y durante varios días estuvieron eligiendo y ocupando posiciones en los alrededores de Manila.

Todo el mundo esperaba, de guarnición tan aguerrida y que había dado pruebas de un valor extraordinario, que el choque con el ejército americano iba á ser de gran importancia. Ayudaba á esta creencia el conocimiento que, desde largo tiempo, se tenía de la entereza de carácter, energía y dotes de mando que adornaban á los primeros jefes de aquella guarnición, y después de firmarse el protocolo, cuando se creía que Manila se había conservado, merced á tantos esfuerzos, se reciben noticias de que dos días antes de subscribirse aquel documento preliminar de suspensión de

hostilidades, la plaza había capitulado, sin haber presentado seria resistencia al ejército americano, *teniendo aún existencias de víveres y municiones, y después de haberse embarcado el general Augustin previamente relevado por el Gobierno*, por causas que hasta la fecha se ignoran.

¿No es sorprendente y asombroso cuanto ha sucedido?

¿No parece, vista tanta analogía ó semejanza, como se observa con estos sucesos y los ocurridos en Cuba y Puerto Rico, que todos ellos obedecen á una misma dirección?

¿No hay motivos para sospechar que estos enigmas deben ser ajenos á la voluntad del ejército, á quien se ha impuesto, confiando en su ciega obediencia, unas soluciones, que ínterin se aclaran aquéllos, le perjudican en apariencia?

Y estas dudas subsistirán mientras no se sujete á las Ordenanzas, imponiendo los enérgicos correctivos que merezcan á los jefes superiores de las fuerzas, que no hu-

biesen cumplido con aquellas sabias disposiciones, por cuyo medio puede también defenderse en parte, un gobierno que las apariencias le están condenando en todos estos sucesos, y de ahí el que un procedimiento de esa clase, es decir, una providencia que lo mande formar es lo que anhelan ver en práctica todos los jefes, oficiales y soldados que han tomado parte en la guerra, y que todos, sin excepción, tienen exacto juicio de su irreprochable comportamiento, y desean que así lo vea comprobado la Nación.

Resulta del conjunto de operaciones realizadas, con motivo de la guerra hispano-americana, que lo mismo en Cuba, que en Puerto Rico y Filipinas, los jefes, oficiales y soldados que constituían nuestro ejército, cuando fueron dirigidos acertadamente, demostraron, además de un valor extraordinario, grandes aptitudes, y exacto conocimiento de sus deberes, á pesar de hallarse muchas veces faltos de medios y de

material de guerra, con que hubieran contribuido á mayores éxitos, y que si han ocurrido algunos accidentes, son inexplicables hasta la fecha, habiendo indicios vehementes de que cuando se aclaren esos misterios quedará comprobado que no al Ejército, sino al Gobierno y al elemento director, son á los únicos á quienes alcanza y tienen, la verdadera responsabilidad de todo lo ocurrido.

Concertados los preliminares de paz con la firma del protocolo, no nos es posible pasar en silencio la consideración de que habiendo obtenido el enemigo, como resultados prácticos, la posesión de la plaza de Santiago de Cuba, en la gran Antilla; en Puerto Rico, las de Guánica, Ponce, Mayagüez, con un avance desde el segundo de dichos puntos, por Juana Díaz y Coamo hasta las proximidades de Aibonito; y en Filipinas la posesión de Cavite y el cerco á la plaza de Manila, pues su capitulación era entonces desconocida, se

ha acordado suspender las hostilidades y terminar la guerra, habiéndose batido tan solamente una veinteaava parte de todas las fuerzas que había en aquellas colonias, y sin procurar buscar ocasión para que nuestras armas obtuvieran un éxito completo.

Esta precipitación de ir á la paz, en una guerra aceptada bajo la responsabilidad de un Gobierno presidido por el Sr. Sagasta, tiene una explicación lógica en apariencia: *«el país ha visto prácticamente la insuficiencia de los medios que disponemos y ha podido apreciar que sólo sería cuestión de tiempo la ocupación total de Cuba y Puerto Rico. Demos como perdidas estas islas y veamos si podemos salvar á Filipinas y algunos otros territorios españoles, que podría también ir ocupando el enemigo. De esta suerte se economizan derramamientos de sangre y gastos excesivos y el país lo recibirá con aplauso.»*

Esta argumentación deja de ser poderosa desde el momento en que recordemos,

que fuimos á la guerra contra nuestra voluntad, por defender el honor nacional, y éste no puede quedar satisfecho, no habiéndose puesto al Ejército para que combatiera sino en una proporción tan insignificante como la que ya hemos mencionado, ó sea la veinteava parte de las fuerzas existentes en las colonias. Palmo á palmo ha debido irse disputando el terreno, que ahora va á cederse, y cuando hubieran logrado la total ocupación de aquellas posesiones, aún quedaban fuerzas en la Península, que forman parte tan integrante del Ejército español como las que estaban en aquellos territorios, y que seguramente no deben haberse quedado muy contentos. Además lo que el país ha podido apreciar es que en la forma en que se venían empleando, los medios de que disponíamos, no daban resultado, pero ¿podría hacer análogo comentario si su empleo, en los comienzos de la campaña, se hubiese efectuado de otra suerte, ó con los actualmente exis-

tentes se cambiara de elemento director?

A la paz se ha ido, confiando en la atonía de nuestro pueblo, dándole notas que, por el pronto, halagan sus sentimientos, al observar que por ella regresarán al seno de sus familias los hijos y parientes que consideraban perdidos; que las cargas del Estado no van á seguir siendo tan onerosas, y haciéndole creer que los territorios, que perdemos, no constituyen parte integrante de la patria, pero cuando ese mismo pueblo despierte, recapacite y comprenda, que con la pérdida de sus colonias, además de resentirse gran parte del comercio é industrias que había en muchas provincias, ha desaparecido principalmente la consideración de su valor personal ante el mundo entero, y hasta el concepto que se tenía de su tradición y leyenda, entonces surgirá la reacción, cuyas consecuencias pueden ser fatales para la unidad de la patria, si no se sabe encauzar á su debido tiempo.

Todos los partidos políticos gobernantes han contribuido, con sus actos, al actual estado de indiferentismo que se observa en casi todas las clases sociales, siendo el más directamente responsable el partido fusionista, presidido por el inconsecuente y desgraciado Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, pues aparte del falseamiento de cuantas doctrinas ha sustentado en su larga y accidentada vida política, que, como es natural, han producido decaimiento en los ánimos de los adictos de buena fe á las causas que ha representado, nada ha intentado para levantar el espíritu público, con ocasión de esta guerra, antes al contrario, ha procurado deprimirlo más y más, como voy á demostrar.

El pueblo español, al empezar la última insurrección cubana, dió con entusiasmo cuantos recursos en hombres y dinero se le fueron pidiendo, mientras tuvo la creencia de que nuestras colonias formaban parte integrante de su territorio y que la bande-

ra nacional amparaba á los que á ella se acogían, considerándolos como españoles, con todos los derechos que las leyes conceden, aunque no hubiesen nacido en la Península.

¿Quién ha olvidado las despedidas hechas á las tropas que salían para la gran Antilla, á principios y aun á mediados de aquella ingrata campaña, que eran verdaderas manifestaciones de entusiasmo? ¿Cómo no recordar el interés despertado por nuestras clases populares, para tomar parte en el empréstito abierto, siendo jefe del Gobierno D. Antonio Cánovas del Castillo, por valor de 250 millones, que se cubrió hasta los 600, y en el que figuraron muchísimas mujeres? ¿No están aún de manifiesto las listas de la suscripción, iniciada por *El Imparcial* en favor de los soldados que regresasen heridos ó enfermos, en las que aparecen casi todas nuestras clases sociales? Mas los gobiernos, unos por sostener demasiado tiempo á los que, de error

en error hacían estériles los esfuerzos que el país hacía, y otros por no convenir á sus intereses políticos el que adquirieran prestigios personales los que obraban acertadamente, en lugar de proceder con prudencia, y encauzar á la opinión que se aburría y desesperaba al no observar brillantes éxitos, haciéndola comprender que las grandes empresas exigen para su desarrollo tiempo proporcional á los medios de que se dispone, equivocó el camino, dejándose arrastrar por ella, y quiso llegar rápidamente á la terminación de aquella guerra con reformas políticas, cada vez más amplias según el partido que ocupaba el poder, hasta que poco á poco llegó el país á persuadirse que sus esfuerzos ya no iban dirigidos á mantener los derechos de España en aquel territorio, sino que, por voluntad de los gobiernos, se habían creado estados independientes, cuyo régimen era lo que se estaba defendiendo.

El ejército, parte integrante del pueblo

español, tuvo que resentirse de análogo entusiasmo, mas siguió cumpliendo con sus deberes, aun viéndose privado de los caudillos que más habían contribuido á sus glorias.

Llega la guerra con los Estados Unidos, provocada principalmente por la posesión de la isla de Cuba, y el Gobierno no hace nada por hacer ver al pueblo que acordado por la madre patria, un régimen en un territorio suyo, el quererlo cambiar otra nación equivale á producir más daño que si se tratara de la pérdida del dominio, pues consentirlo impunemente suponía tolerar ofensa grave á la honra nacional.

Si en aquel momento, para quitar el menor recelo, se hubiese tomado la determinación de suprimir, ó suspender la aplicación del nuevo régimen y se hubieran presentado á nuestras colonias, como parte integrante del territorio nacional, conservando la madre patria sobre ellas todos sus derechos, el espíritu público hubiera reaccionado, pero como era carga

gravosa la isla de Cuba, en lugar de desear conservarla, no faltaron individualidades importantes que se alegraron de la guerra, como medio de despojarse de tan enojoso como perjudicial gravamen.

Además, lógico parece que, cuando se emprende una guerra internacional, todo Gobierno, en vez de pregonar el pesimismo absoluto, debe, sin exagerar los medios con que cuenta, alentar al pueblo inspirándole confianza, ó transigir con el adversario si se tiene seguridad de la impotencia en que se está. No se atrevió á adoptar este último partido y fué á la guerra, sin atreverse á emitir la más ligera nota viril que despertase entusiasmo, observando conducta tan extraña que parecía desear que ocurrieran los desastres, para que atribuyéndose á cualquiera que no fuese el propio Gobierno la responsabilidad de tales sucesos, justificar la necesidad de concertar la paz y por lo tanto la pronta terminación de la guerra.

¿Se explica alguien en nuestro país, no haber visto manifestaciones populares, alistamientos voluntarios y otras demostraciones análogas que justificasen los antecedentes de nuestra historia, sino siendo resultado de conducta tan digna de reproches?

En su exagerado pesimismo, no se le ocurrió otra medida salvadora que iniciar una suscripción nacional, la cual, aun habiendo acudido con gran interés todas las clases sociales, ni demostraría el patriotismo general, pues el de los pobres, que es la mayoría, quedaría ignorado, ni hubiera servido más que para poner de relieve nuestra pobreza, al comparar los recursos obtenidos con los que podía presentar nuestro adversario, contribuyendo este contraste al decaimiento del entusiasmo público. A cada momento el Gobierno ponía de manifiesto al país, los gastos de la guerra, las pérdidas sufridas, los contratiempos que podían sobrevenir. Jamás se le habló del honor nacional ofendido y no re-

habilitado. De aquí su actual estado de un indiferentismo casi absoluto.

¿Qué ocurrirá? Nada por el pronto. Pueblo postrado, pueblo moribundo.

Se hará la paz y el país seguirá en su atonía.

¡Mañana!... La historia aclarará este misterio y entonces la obra del Sr. Sagasta y su partido, será juzgada con gran crudeza, por los que sientan revivir en sus pechos el amor patrio.

X

La regeneración del país y reorganización de su ejército.

TRABAJOS DE ZAPA.—PROYECTOS INJUSTOS.—
GOBERNANTES INCAPACITADOS.—DÓNDE DE-
BEN BUSCARSE LOS DIRECTORES.—LÍNEA DE
CONDUCTA QUE HAY QUE SEGUIR.—CONSE-
CUENCIA FATAL AL NO VARIAR DE SISTEMA.

La exposición hecha, en los párrafos anteriores de estos apuntes, del comportamiento observado por nuestro Ejército, en cuantos sucesos ha intervenido, demuestra, en forma inconcusa, que siempre fueron ajenas á dicho organismo las causas principales que han contribuído al desastre que hoy experimenta la nación española, y, sin em-

bargo, se observa una tendencia marcadísima, cuyos autores se desconocen, aunque existen indicios vehementes que los delatan, de que, entre las clases populares, se difunde la tesis contraria, ó sea presentar al elemento armado como único responsable de la desmembración del territorio, y demás pérdidas que tenemos que sufrir, por consecuencia de la paz que ha sido necesario concertar como terminación de la guerra hispano-americana.

Semejante tendencia, en el caso de que prosperase, serviría seguramente, por el pronto é ínterin se subsanaba tan notoria impostura, de tupido velo encubridor de las ineptitudes, errores y arbitrariedades de muchos personajes políticos, los cuales, apareciendo irresponsables de lo acaecido, podrían continuar figurando como factores indispensables para la gobernación del Estado y por lo tanto, que es lo que más les interesa, seguirían disfrutando, de los sueldos, honores y preeminencias, que consigo

lleva, el desempeño de los primeros puestos políticos y administrativos.

Á estos personajes no les conviene, en modo alguno, que el país llegue á enterarse de sus desaciertos, ni del triste papel de víctima espiatoria de sus culpas, que han hecho desempeñar al Ejército, pues en el instante que aquél comprendiera el peligro en que estaban sus intereses y la merma de sus capitales, tendría que variar de administradores, y como no hallaría más organismo sano que el elemento armado, á éste acudiría con preferencia, en demanda de que le sacara de la triste situación á que le habían conducido, y de ese elemento tendría que elegirse la mayor parte del personal que habría de reemplazar á los aludidos personajes en los puestos que actualmente ocupan ó de los que esperan posesionarse.

Para continuar tranquilamente satisfaciendo sus ideales, algunos hombres públicos, encargados por su posición de encauzar á la opinión y hasta de velar por el buen

nombre y honor de las individualidades que tienen ó se ponen á sus órdenes, dejan circular sin protesta, y otras veces procuran revestir con caracteres de veracidad, las fábulas más estupendas, los rumores más absurdos y los hechos más inexactos, aun cuando por tales medios se fomenten ó creen antagonismos entre el pueblo y algunas jerarquías de la milicia, sin impedir tampoco cuanto tienda á destruir la unión íntima, á la par que respetuosa, existente entre todos los individuos del ejército debida, más bien que á la disciplina militar, al noble fin que preside á su único pensamiento, cual es el exacto cumplimiento del deber en aras y servicio de la Patria.

Un día corre el rumor presentando á individualidades, pertenecientes á cuerpos auxiliares del ejército, como principales causantes de la excesiva mortalidad ocurrida en una campaña, en que el clima del país donde hubo de realizarse era enemigo implacable del europeo, haciendo creer

en la existencia de inmensas fortunas, que luego no aparecen, adquiridas á costa de la salud del soldado. En otra ocasión se comenta vivamente el que una de las figuras principales de la campaña pasada, cometa la indignidad de aceptar, á raíz de firmarse los preliminares de la paz, banquetes á bordo de un barco que hasta aquel momento era de país enemigo, hecho inverosímil y que tuvo que rectificar el propio interesado. Más adelante se pretende señalar, á cuantos han ejercido elevados cargos político-militares, como exclusivos autores de todos nuestros infortunios, por haber descuidado los intereses que se les habían confiado para dedicarse exclusivamente á obtener el mayor provecho personal, presentándolos como criminales vulgares, merecedores de la justicia popular, obligándoseles á tener que rechazar estos ataques con palabras gruesas, no recogidas por los acusadores, y además de todo esto, y para presentar contrastes que puedan

conmover en gran escala la opinión, se ensalzan los sufrimientos, desvelos y ejemplar conducta observada y experimentados por las clases más inferiores, poniéndolas en comparación con las alegrías y bienes que han disfrutado las demás categorías.

Rara vez se efectúa, por los llamados por su cargo oficial á ejecutarlo, una rectificación completa y satisfactoria para los agraviados, quedando siempre flotando alguna duda que les perjudica, sin que muchos de ellos puedan desvanecerla por la carencia de medios para defenderse, y de esta suerte se procura distanciar al pueblo de determinados elementos pertenecientes al organismo militar, sin comprender nuestros gobernantes, efecto de la ceguera en que se hallan por el temor á sus culpas, que si se llegase á producir el quebrantamiento de tan indispensable organismo, ó el país perdiera la confianza ciega que debe tener en su ejército, podrían sobrevenir tristes consecuencias, de las que no serían las más in-

significantes las que padeciesen los personajes públicos que desde hace algún tiempo y en primera fila, vienen figurando en nuestra política.

Mas afortunadamente estos peligros hoy son bien remotos. Nuestro país parece hipnotizado y nada le conmueve y el Ejército, que conserva plena conciencia de la misión que debe desempeñar, espera tranquilo el desenvolvimiento de los sucesos, unidos todos sus individuos bajo el mismo ideal, haciendo justicia á propios y extraños, hasta que el tiempo, que es el mejor testigo, ponga de relieve su sin igual comportamiento.

Sin embargo de lo expuesto, de tal suerte se ha logrado ocultar la verdad de cuanto ha tenido relación con el Ejército, que ya se ha lanzado la especie, aplaudida por personas de reconocida sensatez, de que se impone una rápida y radical reorganización de aquel organismo, y con este motivo se habla y discute, sobre los medios más ó

menos lógicos que pueden emplearse, ofreciéndose proyectos que fundados en aspectos halagadores al país, cuales son las economías en los gastos públicos, que disminuyan las abrumadoras cargas que pesan sobre los contribuyentes y la inversión, de la casi totalidad del presupuesto del ramo de guerra, en provecho de la industria y la agricultura, tienden y se encaminan á la amortización de su actual personal, para luego ir creando un ejército modelo y que reuna, á juicio de los autores de estas reformas, las condiciones que demanda el objeto de su institución.

¡Este es el aprecio con que quiere responderse á la irreprochable conducta observada por los dignos jefes, oficiales y soldados que, durante más de tres años de guerra, han estado pasando constantes privaciones! ¡De esta suerte se va á corresponder al derramamiento de sangre, sufrida con resignación por muchos de ellos, en aras del interés de su patria! ¡En esta

forma es como se honrará la memoria de los que sucumbieron en defensa de su bandera y en el cumplimiento de sus deberes!

¿Y quiénes van á ser los encargados de esta obra, se nos ocurre preguntar?

La contestación salta á la vista. Quiéren ser los regeneradores los autores de nuestra desgracia, la mayoría de los hombres ya gastados que, militando en los partidos políticos, convirtieron los destinos públicos en patrimonio de sus familiares y en casas de beneficencia para los que les eran adeptos; los que invirtieron las sumas que la nación depositaba en sus manos, para que atendiera á su defensa, en la creación de organismos civiles innecesarios que halagando el caciquismo local, les aseguró un sillón permanente en la representación nacional; aquellos, en fin, que por su ineptitud notoria, no han sabido sacar el menor provecho de los elementos de que disponían en una guerra internacional, y lo que es más triste los que han conducido al espíritu pú-

blico al estado de indiferentismo en que actualmente se encuentra, que más bien parece reflejo de seres inanimados, ó cuya existencia se agota, que no resultado de las palpitaciones de un pueblo que debe saber sentir y pensar el concepto de la Patria, si por sus venas circulan aún, átomos de la sangre que poseyeron sus gloriosos antepasados.

No les ha parecido suficiente su desdichada obra, y quieren acabar, con lo único sano que quedaba en el país, con el organismo ejército.

El permanecer impasible ante semejante atentado sería imperdonable para los que, teniendo conocimiento perfecto de haber cumplido con sus obligaciones, dejaran se les llevasen á este nuevo sacrificio, por lo que, en las formas más procedentes, debe rechazarse con viveza la continuación de un sistema tan pernicioso, que envolvería una deshonra injusta, sin provecho para la nación.

Esta voz preventiva de alarma, ya ha empezado á trazarse camino entre notables, aunque escasas personalidades, que, al examinar desapasionadamente nuestra actual situación, comprenden que ésta obedece al deplorable sistema administrativo, social y político imperante en nuestro país, cuya regeneración se impone, para lo que procede la reorganización de casi todos los organismos.

Al efectuar cambios tan radicales, como será necesario realizar, han de quedar lastimados muchos intereses y los que sufran perjuicios procurarán, con sus lamentaciones, quejas y reclamaciones, ver si logran la revocación de las medidas que se implanten, y al no ser atendidos no sería difícil acudir á causar perturbaciones en el país, ya apelando al sistema de amenazas contra los gobernantes, ora al de una resistencia pasiva contra las disposiciones que aquéllos dicten, ó en fin, alterando el orden público, validos de la influencia que

puedan ejercer sobre las masas inconscientes, dominadas por inveterado caciquismo local, y para contrarrestar estos efectos, con sus resultados más ó menos graves, es indispensable que los regeneradores tengan confianza y estén persuadidos de que el Ejército, base principal de la tranquilidad interior de todo país, está siempre dispuesto á cooperar al restablecimiento del orden, y al exacto cumplimiento de las leyes. Aquellas suposiciones tienen gran fundamento al observar que, en la mayoría de las ciudades, villas y aldeas, se han de encontrar serias resistencias al cumplimiento de cuanto tienda á que se les cercenen por el pronto, algunos privilegios de que disfruten, aunque en fecha no lejana les resulte utilidad positiva, y siempre gran beneficio al interés general.

El estado de cultura de la mayoría de los habitantes de nuestra nación, no es por desgracia de tal índole que permita creer y esperar que tan sólo por la persuasión y

el convencimiento, se haya de obtener el exacto cumplimiento de leyes y órdenes, que envuelvan reformas radicales, de la clase anteriormente indicada, y por lo mismo é ínterin se logra dar á nuestros pueblos la ilustración necesaria, tiene que subsistir un ejército salvaguardia del orden y de la tranquilidad pública, que obligue á la realización de los planes que pongan en práctica nuestros gobernantes, haciendo respetar los derechos, y exigiendo el cumplimiento de los deberes de cada ciudadano. Si el Ejército está desorganizado, ó fuese por un instante suprimido, faltaría la garantía principal para que se hiciese efectiva la regeneración del país. Esta, si ha de lograrse en plazo breve, debe comenzarse vivificando, en el ánimo de todos los españoles, un sentimiento que hoy casi es desconocido para la generalidad, el sentimiento de la Patria, y esto no lo han de poder realizar ni conseguir aquellos que con sus actos adormecieron, por no decir

mataron, todos los nobles ideales á que aspiraba nuestro país, animado de la mejor buena fe y con grandes entusiasmos, cuyas quejas y aspiraciones las señalan hoy la mayoría de sus individuos, anteponiendo el material positivismo al interés de su dignidad y decoro.

Compárese, aquellas matronas españolas, de que nos habla la historia, alentando á sus hijos para que fuesen á empuñar las armas y combatir al extranjero; aquellos patricios que daban su fortuna al Estado para que se atendiese á los gastos de la guerra; aquellos voluntarios soldados aristócratas que compartían con los pobres las penalidades de la campaña, con cuanto hemos presenciado recientemente, viendo al amor de la familia imperando sobre el de la Patria; el bienestar y comodidad individual sobreponiéndose á las obligaciones del ciudadano, olvidándose de la dignidad para pensar sólo en una vida regalada y tranquila, y pronto comprenderemos

que pueblo que así siente, si no varía, es pueblo muerto.

De aquella regeneración sólo pueden encargarse hombres que por sus antecedentes inspiren confianza y den aliento á los demás; así es que, á una honradez acrisolada, deben reunir voluntad inquebrantable, presentando como mejor garantía su irresponsabilidad en cuantas causas han contribuído á las actuales desgracias nacionales, y como el Ejército ha permanecido alejado de los negocios públicos, en él es donde principalmente deben buscarse, por ser el organismo en que menos estragos ha causado hasta la fecha, la perniciosa línea de conducta seguida en todos los ramos por nuestros gobernantes. Es más, el Ejército debe formar parte integrante del elemento director que proceda á la reorganización del país, pues, como hemos dejado consignado, sin semejante base nada útil podría lograrse. No pueden, por lo tanto, emprender aquella tarea, los que

son enemigos encubiertos del Ejército y han pretendido distanciarlo de las clases populares, empleando todos los medios que han tenido á su alcance, para que éstas les dejaran, ínterin durase su letargo, continuar rigiendo los destinos del país, engañándolas á costa de la honra y dignidad de los individuos que lo componen.

Lo dicho no empece para que en dicho organismo se atienda á su perfeccionamiento, separando lo perjudicial, haciendo, si es preciso, amputaciones considerables, sin ninguna clase de contemplación, y cuya norma puede resultar al descifrarse los secretos y misteriosos sucesos observados en la presente campaña, dando á la publicidad las causas por las que se adoptan semejantes determinaciones, para que resulte con más realce lo que se conserva, lo bueno, lo que ha servido. No hay que anularlo todo en busca de algo mejor, pues los resultados serían contraproducentes.

Además hay que hacer comprender al

país que para que pueda figurar en digno lugar ante las demás naciones civilizadas, no debe dejarse seducir por halagadoras esperanzas de que puede vivir próspero y tranquilo sin necesidad de Ejército numeroso y medios defensivos, pues ínterin dominen los preparativos guerreros, que se observan en toda Europa, los pueblos que no cuenten con elementos para hacerse respetar, están expuestos á tener vida tan efímera, como sea el tiempo que tarde en despertarse la codicia de los poderosos, tanto más fácil de desarrollar cuanto mayor sea el grado de riqueza en explotación que se vea en su territorio.

Mas antes de emprender tamaña empresa que debe abarcar todos los organismos existentes, precisa se hable claro sin ambigüedades ni circunloquios. Hay que presentar programas categóricos, señalando el objeto y alcance de las medidas que se van á implantar, sus resultados presuntos, y cuantos detalles deban ponerse al alcance

de las imaginaciones populares y los hombres que por sus proyectos, logren inspirar confianza, á la vez que demuestren su irresponsabilidad, en cuanto ha ocurrido para llegar al desgraciado estado que estamos atravesando, deben ser los directores de la regeneración de nuestro desdichado país.

Á su lado debemos agruparnos todos los que, sintiendo rubor en el rostro por nuestro empobrecimiento presente, deseemos el engrandecimiento de nuestra Patria, y prescindiendo de intereses mezquinos con voluntad activa, firme é incansable, y hablando siempre con excesiva franqueza, señalar los defectos que deban corregirse radicalmente, para que, en breve plazo, se consiga el que España vuelva á ser *nación digna de su pasada historia*, hoy olvidada por culpas de gobernantes que quieren justificar sus errores, atribuyendo los males presentes á la conducta del Ejército, cuyo honor ha quedado incólume en cuantas ocasiones ha intervenido.

Si no obstante estas advertencias prosiguen su tarea los mismos gobernantes, empleando sus gastados y perniciosos procedimientos, y el ejército es reorganizado de esta suerte ó lo que es lo mismo convertido en un organismo tan defectuoso y maleado como casi todos los vigentes en nuestro sistema político, las personas que presencienc la terminación de semejante obra, seguramente observarán que nuestro grado de decaimiento habrá llegado á tal extremo que propiamente podrá decirse, parodiando los relatos de la mayoría de los suicidios:

«España ya no existe. No se culpe á nadie de su muerte.»

Septiembre, 1898.

FIN

ÍNDICE GENERAL

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA..	5
Cap. I. . . . ATAQUES AL EJÉRCITO. Idea general sustentada en estos apuntes.	9
— II. . . PRESUPUESTO DE LA PAZ. Sus consecuencias.. . . .	15
— III.. . EL GENERAL CALLEJA EN CUBA. Su política. — Imprevisiones.. . .	25
— IV.. . EL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS EN CUBA. Político y no general.—Crecimiento de la insurrección.—Desbarajuste completo en todos los órdenes.—Confesión de errores.. . . .	33
— V. . . EL GENERAL MARÍN EN CUBA. Ardores belicosos.—Precipitaciones.. . . .	51
— VI.. . EL GENERAL WEYLER EN CUBA. Impuesto por la opinión.—Sus vaticinios. — Preparativos. — Plan de campaña.—Previsio-	

	nes justificadas.—Indicios de la crítica á su gestión.—Desarrollo del plan y éxitos progresivos.—Reformas intempestivas.—Falsas imputaciones.—Su relevo.—Consecuencias.	55
— VII.	EL GENERAL BLANCO EN CUBA. Implantación de la autonomía.—Fracaso completo.—El general Pando al frente de las tropas.—Resignación del ejército.	109
— VIII.	LA INSURRECCIÓN FILIPINA. El general Blanco.—Descuidos lamentables.—Crecimiento de la insurrección.—El general Polavieja.—Preparativos.—Éxitos.—Petición justificada.—El general Primo de Rivera.—Partes tranquilizadores y medidas contraproducentes.—Haciendo el juego á Moret.—Pacto de Binagnabató.—Irresponsabilidad del ejército.	123
— IX.	LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS. Ceguedad del Gobierno.—Actitud patriótica de la prensa.—Lo que debió hacerse.—Abandono imperdonable.—Sitio de Santiago.—Nebulosidades.—Operaciones en Puerto	

Rico.—Siguen los misterios.— Sucesos de Filipinas.—Des- agradable sorpresa.—Analogía de enigmas.—Comportamiento general del ejército.—El proto- colo, precipitaciones.—Enga- ños al país.—Su indiferentismo y sus autores.	141
- X. . . LA REGENERACIÓN DEL PAÍS Y LA REORGANIZACIÓN DE SU EJÉR- CITO. Trabajos de zapa.—Pro- yectos injustos.—Gobernantes incapacitados.—Dónde deben buscarse los directores.—Línea de conducta que hay que se- guir.—Consecuencia fatal al no variar de sistema.	199





BIBLIOTECA NACIONAL



1000546782



086805385608